héroes del ESPACIO
NOVELAS ECSA

EL HIJO DE LAS ESTRELLAS

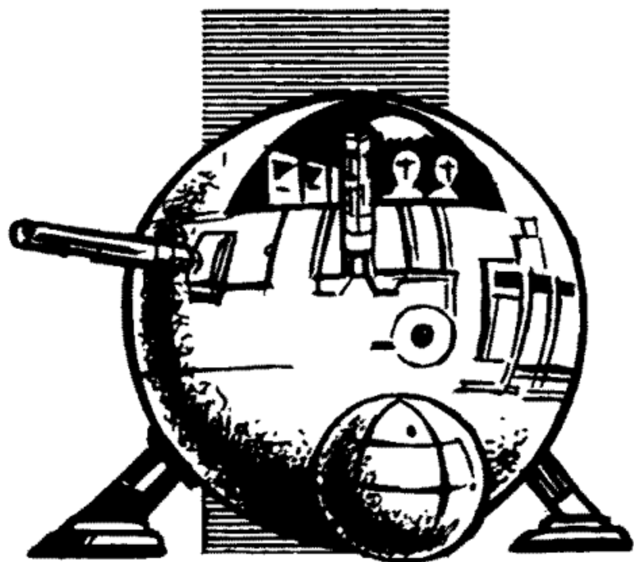
JOSEPH BERNA



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

113 — Destino: Thanatos — Elliot Dooley
114 — La última peste — Law Space
115 — Los cruzados del tiempo — Rocco Sarto
116 — Élite cósmica — Joseph Lewis
117 — Premonición fantástica — Eric Sorenssen

JOSEPH BERNA

El hijo de las estrellas

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 118
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (23)

ISBN 84—85626—56—7
Depósito legal: B. 19.127 — 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1. ª edición: julio, 1982
1. ª edición en América: enero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona —1982

CAPÍTULO PRIMERO

Año 2049.

La casa de George Ramsey se alzaba en las afueras de Washington.

Una casa moderna, magnífica, con un amplio jardín, tapiado de ladrillos rojos.

La piscina era realmente fastuosa.

Britt, la hija de George Ramsey, solía bañarse todas las mañanas en ella.

Y lo hacía temprano.

Se zambullía, nadaba algunos minutos, secaba su cuerpo al sol y luego entraba en la casa y desayunaba con su padre.

Tras el desayuno, George Ramsey se trasladaba al Pentágono, en su helimóvil, y Britt regresaba al jardín, se echaba en una tumbona, con un libro en las manos, y leía un rato, hasta que sentía deseos de zambullirse de nuevo en la piscina.

Aquella mañana, como de costumbre, Britt se levantó antes que su padre y bajó al jardín, luciendo un brevísimo bikini plateado, muy brillante, y una corta bata de baño, que no se molestó en cerrar.

El día era espléndido.

Soleado.

Luminoso.

Y amenazaba ser bastante caluroso, pues, a pesar de la temprana hora, los rayos del astro rey ya se dejaban sentir con fuerza.

A Britt no le molestaba que el sol apretase, sino todo lo contrario, porque así se bañaba más veces y disfrutaba mucho más que cuando la temperatura era más bien fresquita.

La muchacha se despojó de la bata de baño y de las zapatillas, y se lanzó a la piscina. Después, nadó con impecable estilo, cruzando el largo de la piscina varias veces.

Britt había cumplido recientemente los veintiún años, tenía el pelo rubio y los ojos claros. Poseía un rostro bonito, un tanto pícaro, y una silueta esbelta y atractiva, sin centímetros de más en ningún sitio, pero tampoco de menos.

Hacía casi seis años que su madre había muerto, y Britt vivía sola con su padre. Bueno, en la casa vivía también Carrol Danning, la doncella, una joven muy simpática y trabajadora, con la que Britt se llevaba estupendamente.

Carrol tenía tres años más que Britt, era morena, y estaba muy bien de formas.

Britt salió de la piscina, pero no se echó en la tumbona, para secarse al sol, sino sobre el verde y bien cuidado césped, una especie

de fresca y mullida colchoneta en la que daba gozo retozar.

Cuando su padre no se encontraba en casa, Britt solía despojarse de la pieza superior del bikini y tomaba el sol con los pechos al aire.

Y en ocasiones completamente desnuda.

No es que a su padre le importase, pero a Britt le daba un cierto reparo que él la viese sin nada encima.

Por eso aguardaba a que se marchara en su helimóvil, para desprenderse de una o de las dos piezas del bikini.

Todavía no se había secado completamente cuando vio entrar a su padre al jardín, luciendo su uniforme de general y portando su maletín en la mano izquierda.

George Ramsey contaba cuarenta y siete años de edad y era un hombre alto, de recia complexión, tez morena y facciones enérgicas, aunque agradables.

Britt se puso en pie, extrañada.

—¿Te marchas ya, papá?

—Así es, hija.

—¿Sin desayunar?

—Tomaré algo en el Pentágono, no te preocupes.

—¿Es que ha ocurrido algo?

—No, nada, tranquilízate.

—¿Por qué entonces tanta prisa?

—Tenemos una reunión importante y no quiero llegar tarde. Por eso me he levantado un poco más temprano que de costumbre.

—Entiendo.

—Siento que tengas que desayunar sola, Britt.

—No te preocupes.

George Ramsey besó a su hija.

—Hasta luego, pequeña.

—Adiós, papá.

—Te llamaré cuando acabe la reunión.

—Me alegrará charlar unos minutos contigo. Y ver tu cara, aunque sea en la pantalla del videófono —sonrió la muchacha.

—A mí también me alegrará ver la tuya —repuso George Ramsey, pellizcándole suavemente la barbilla.

—No te entretengas más, papá.

—Sí, tienes razón.

George Ramsey dio media vuelta y se alejó con paso raudo, camino de la puerta del jardín.

Britt esperó a que su padre saliera del jardín, y se echó de nuevo sobre el césped, para acabar de secarse al sol.

* * *

Tras el desayuno, y siguiendo su costumbre, Britt Ramsey volvió al jardín, se echó en la tumbona, y se puso a leer un libro. Como su padre ya no estaba en casa, se soltó el sujetador del bikini y se lo quitó, dejándolo caer sobre la hierba.

Los rayos del sol acariciaron dulcemente los bellos senos de la muchacha, duros y firmes, agresivos, retadores.

Britt llevaba ya casi un cuarto de hora de lectura, cuando de pronto tuvo la extraña sensación de que alguien la estaba observando.

Y, efectivamente, así era.

Había un hombre en el jardín.

Se trataba de un tipo joven, de pelo muy rubio, casi plateado.

Era muy alto.

Alrededor del metro noventa de estatura.

Su complexión era envidiable.

Un atleta completo.

Y era apuesto.

Pero que muy apuesto.

Vestía un traje de una sola pieza, dorado, muy brillante, y le quedaba tan ajustado que todos los músculos de su cuerpo se dibujaban con detalle bajo el tejido.

Las botas, cortas y flexibles, eran plateadas, al igual que el cinturón, ancho y con una hebilla muy rara.

El misterioso sujeto, a quien Britt concedió unos veintisiete años de edad, la observaba fijamente, sin pestañear ni una sola vez, y tenía una suave sonrisa en los labios.

La sorpresa había dejado paralizada a la muchacha.

Lo primero que hizo, cuando acertó a reaccionar, fue arrojar el libro que estaba leyendo y recoger velozmente el sujetador del bikini, el cual se colocó en un santiamén, ocultando sus preciosos senos.

Bueno, sólo una parte de ellos, porque la prenda era tan reducida que no alcanzaba para más.

—¿Quién es usted? —exclamó, furiosa.

—Me llamo Altar —respondió el desconocido, con voz perfectamente timbrada, aunque tenía un claro acento extranjero.

—¿Al qué...?

—Altar —repitió él.

—Jamás había oído ese nombre.

—¿De veras?

—¿Cómo ha entrado?

—Salté la tapia.

—Muy bonito.

—Tú sí que eres bonita.

—¿Con qué derecho me piropea? ¿Y con qué derecho me tutea?

—¿Te molesta?

—Sí, porque usted y yo no hemos comido nunca sopa juntos, que yo recuerde —gruñó Britt.

—Podemos comerla hoy, si quieres.

—¿Qué?

—Invítame a almorzar, y comeremos sopa juntos.

—¡Qué cara tiene, el tío! —exclamó Britt, sin poderse contener.

—¿Te gusta mi cara?

—¡No he dicho que me guste, sino que la tiene muy dura, compañero!

El desconocido desgranó una risita y dio unos pasos hacia la tumbona que ocupaba Britt Ramsey.

—¡Alto! —ordenó la joven, bajando las piernas de la tumbona, como si fuera a levantarse.

El tipo se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—¡No quiero que se acerque! —advirtió Britt.

—¿Por qué?

—¡No me fío de usted!

—Yo sí me fío de ti.

—¡Hombre, estaría bueno que no se fiara! ¡Es usted quien ha saltado la tapia, no yo!

—No tengas miedo, soy un amigo —aseguró el desconocido.

—¡Los amigos no saltan las tapias! ¡Entran por la puerta! —replicó Britt.

—Te repito que no tienes nada que temer de mí.

—¿Qué es lo que quiere?

—Conversar contigo, nada más.

—Yo no converso con desconocidos.

—Yo ya no soy un desconocido para ti, me he presentado. Te dije que mi nombre es Altar. ¿Cuál es el tuyo?

—No espere que se lo diga.

—Entonces, lo adivinaré.

—¿Tiene una bola de cristal? —preguntó la muchacha, en tono burlón.

El extraño personaje la miró fijamente a los ojos. Los suyos brillaron con fuerza.

Parecían tener magnetismo.

Britt se asustó y exclamó:

—¡No me mire así!

El brillo de los ojos de Altar perdió intensidad. Después, dijo:

—Te llamas Britt; Britt Ramsey.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó la joven, parpadeando graciosamente.

—Tú.

—Yo no le he dicho nada.

—Con la voz, no; pero sí con el pensamiento.

—¿Pero qué pensamiento ni qué pepinillos en vinagre? —exclamó la muchacha, enfurecida.

—¿Por qué te enfadas?

—¡No me gusta que me tomen el pelo!

—Yo no te estoy tomando el pelo, Britt.

—¡Conocía mi nombre antes de saltar la tapia como un vulgar ladrón! ¡Sabía que soy Britt Ramsey, la hija del general Ramsey!

—No, no lo sabía.

—¡Confiese ya sus intenciones, Altar!

—¿Intenciones?

—¿Qué es lo que pretende? ¿Secuestrarme, tal vez?

—¿Y por qué iba yo a querer secuestrarte?

—¡Usted sabrá!

El curioso personaje sonrió de forma contagiosa.

—Deja ya de desconfiar de mí, Britt. Soy un amigo, ya te lo he dicho.

—Sí, y saltó la tapia para conversar un rato conmigo —rezongó la muchacha, en tono irónico.

—Así es.

—¿Y de qué quiere que hablemos, vamos a ver?

—De ti, de tu familia, de tus amigos, de tu mundo...

Britt respingó.

—¿De mi mundo, ha dicho?

—Sí.

—¿Acaso no es el suyo, también?

—Oh, no. Yo no pertenezco a este planeta, vengo de muy lejos.

Britt palideció.

—¿De dónde... de dónde viene usted, Altar? —tartamudeó.

—De las estrellas —respondió el extraño personaje, con la mayor naturalidad.

CAPÍTULO II

Britt Ramsey puso unos ojos como platos.

Intentó ponerse en pie, pero las piernas no le respondieron.

Había perdido fuerza en ellas.

Las tenía como dormidas.

Quiso hablar, pero tampoco las cuerdas vocales le respondieron.

Se había quedado muda, además de paralítica.

No podía echar a correr, ni pedir socorro.

¡Se hallaba a merced del extraterrestre!

¡Podría hacer con ella lo que quisiera!

Altar se aproximó y le puso la mano en el hombro.

Una mano fuerte, varonil, pero cálida y de tacto sumamente agradable.

—¿Te encuentras bien, Britt?

La aterrada muchacha boqueó un par de veces y consiguió balbucear:

—No, me encuentro... me encuentro muy mal.

—Échate en la tumbona.

Britt no quería echarse, pero Altar la empujó con suavidad y la obligó a tenderse en la tumbona. Después, Altar le cogió las piernas y se las colocó en la tumbona.

—¿Te sientes mejor así, Britt?

—Sí —musitó ella, sin dejar de mirarle con ojos agrandados.

—Te quedaste pálida, de pronto. ¿Qué te ocurrió?

—No lo sé.

—¿Estás esperando un hijo, tal vez?

—¡No!

—¿Seguro?

—¡Claro!

—Puedes haberte quedado embarazada, sin saberlo. ¿Haces el amor con regularidad?

—¡Hago cuernos! —rugió Britt, irguiendo el torso de golpe.

—¿Cómo dices?

—¿Con qué derecho me hace unas preguntas tan íntimas? ¿Quién se cree que es? ¡Ni siquiera mi padre me pregunta si hago el amor!

—Está bien, no te enfades. Yo sólo pretendía...

—¿Sabe lo que creo que es usted, Altar?

—No.

—¡Un farsante!

—¿Farsante?

—¡Sí, eso es lo que pienso! ¡Me tragué lo de que venía de las

estrellas, y casi me muero del susto, pero ahora estoy segura de que es un cuento chino!

—¿Cuento chino?

—¡Usted no es un alienígena, Altar! ¡Es tan terrestre como yo! ¡Y apuesto a que Altar es un nombre que se ha inventado usted, para dar veracidad a su historia!

El hombre que afirmaba proceder de las estrellas sonrió, demostrando que no le molestaba que Britt Ramsey le creyera un farsante.

—Altar es mi nombre verdadero, Britt.

—No me lo creo.

—Puedo demostrarte que no soy un habitante de la Tierra, si quieres.

—¿Cómo?

—Haciendo uso de alguno de mis poderes.

—¿Qué poderes?

—Pues, por ejemplo, puedo atraer hacia mí un objeto sin necesidad de cogerlo con las manos.

—¡Ja!

—¿No me crees?

—¡Naturalmente que no!

—Te lo demostraré.

Altar se retiró un par de metros de la tumbona, extendió su brazo derecho, que pareció apuntar al pecho de Britt, y fijó su mirada allí, entre los altivos senos de la muchacha.

Britt vio que los ojos de Altar brillaban de nuevo con fuerza, pero esta vez no se asustó, pues estaba segura de que formaba parte de la comedia.

—¿A qué está jugando, Altar? —preguntó, con burlona sonrisa.

El extraterrestre no respondió.

Parecía haberse concentrado en algo.

De repente, ocurrió lo que Britt menos se esperaba.

El breve sujetador del bikini saltó de su pecho, como arrancado por unos dedos invisibles, y fue a parar a la mano de Altar.

Britt dio un grito al verse con los pechos al aire.

Se los cubrió con las manos y rugió:

—¡Devuélvame eso en seguida, sinvergüenza!

—¿Por qué ocultas tus pechos, siendo tan hermosos? —preguntó Altar, sin devolverle la pieza superior del bikini.

—¡Sólo se los enseño a quien yo quiero! ¿Está claro?

—Cuando yo llegué, no los cubrías con esta prenda.

—¡Porque estaba sola!

—Me gustó contemplarte, Britt.

—¡Seguro que sí, porque es usted un sucio mirón! ¡Por eso saltó la

tapia! ¡Quería contemplarme de cerca!

—Sólo quiero hablar contigo, te lo repito una vez más.

—¡Devuélvame el sujetador del bikini, maldito!

Altar se lo lanzó.

Britt lo cazó al vuelo y se lo colocó con rapidez, rezongando cosas.

Altar preguntó:

—¿Te convenció mi demostración, Britt?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Fue un vulgar truco de magia.

—¿Me crees un mago...?

—¡Sí! Y de los malos.

—Puedo hacer cualquier cosa que me pidas, te lo aseguro.

Britt apretó los dientes.

—Conque cualquier cosa, ¿eh?

—Sí.

—¡Esfúmese, entonces!

—Muy bien.

Altar manipuló la extraña hebilla de su cinturón y desapareció.

Repentinamente.

Sin dejar el menor rastro.

* * *

Britt Ramsey había puesto cara de retrasada mental.

Con ojos dilatados de asombro, escrutó todo el jardín.

No vio al supuesto hijo de las estrellas por ningún lado.

—¡Altar! —lo llamó, enfureciéndose de nuevo.

El extraterrestre no respondió.

Britt apretó los labios.

—¡Sé que está escondido, Altar! ¡Salga en seguida! ¡Este es mi jardín, y no le permito que juegue al escondite en él!

El alienígena no se dejó ver ni oír, lo cual acentuó la furia de Britt.

—¡Condenado brujo! Admito que es usted mejor mago de lo que yo creía, pero no le consiento que...

Britt se interrumpió al oír sonar el intercomunicador que descansaba sobre la pequeña mesa que tenía junto a la tumbona.

La muchacha soltó un gruñido y pulsó el botón que abría el micrófono.

—¿Sí, Carrol?

—Kevin Douglas está aquí, señorita Ramsey —comunicó la doncella.

Britt dio un respingo de alegría.

—¡Que venga rápidamente al jardín, Carrol! ¡Me ayudará a

encontrar al mago!

CAPÍTULO III

Kevin Douglas tenía veintiséis años de edad.

Era un tipo alto y robusto, con los músculos bien desarrollados, porque practicaba varios deportes. Tenía el pelo oscuro, algo rizado, y las facciones correctas.

Su cara, en aquellos momentos, reflejaba un desconcierto absoluto.

También el rostro de Carrol Danning denotaba perplejidad.

Se miraban el uno al otro, en silencio.

Kevin lo rompió, preguntando:

—¿Qué ha dicho Britt, Carrol?

—Algo sobre un mago, me pareció oír —murmuró la doncella.

—Eso mismo entendí yo. Y no tiene sentido.

—No, no lo tiene.

—Puede que se trate de una broma de Britt.

—Es posible.

—Iré a ver.

Kevin Douglas caminó con paso raudo hacia el jardín.

Cuando lo alcanzó, descubrió a Britt Ramsey hablando sola.

—¡Britt! —la llamó.

La muchacha se volvió hacia él.

—¡Ven, Kevin! ¡Corre!

Douglas sustituyó el paso raudo por un trote rápido.

—¿Qué ocurre, Britt?

—Tienes que ayudarme a encontrar a Altar.

—¿A quién...?

—¡Al mago!

Kevin Douglas se detuvo junto a la joven.

—¿De qué mago hablas, Britt?

—Del que saltó la tapia.

Douglas recorrió toda la tapia con la mirada.

—Yo no veo a nadie, Britt.

—Tampoco lo veo yo, pero sé que el tipo está aquí, en el jardín. ¡Se escondió tras su último truco!

—¿Truco?

—¡Sí, hizo como que desaparecía! ¡Y lo hizo muy bien, tengo que reconocerlo! Se esfumó en menos de lo que se tarda en dar un pestañeo.

—¿Y dices que saltó la tapia?

—Sí, así se coló en el jardín.

—Pues debió marcharse de igual modo.

—¿Saltando la tapia de nuevo?

—Claro.

—¡Lo hubiera visto, Kevin!

—¿Le viste entrar?

—No, porque estaba leyendo. Cuando lo descubrí, estaba ya a sólo unos metros de mí.

—¿Por qué se coló en el jardín? ¿Qué quería?

—Charlar conmigo, según él.

—¿No te hizo nada?

—Sí, me dejó sin el sujetador del bikini.

—¿Qué...?

—Tranquilo, Kevin. Lo hizo a distancia, sin tocarme.

Douglas parpadeó.

—¿Que lo hizo a distancia, dices?

—Sí, fue otro de sus trucos. Me apuntó con el brazo, clavó sus brillantes ojos en mi busto, y ¡zas!, la prenda saltó y yo me quedé con los pechos al sol.

—¿Y no le diste una bofetada?

—¿Cómo iba a dársela, si lo tenía a más de dos metros de mí? No tengo los brazos tan largos, Kevin. Además, necesitaba las manos para cubrirme los pechos. No quería que el tipo me los contemplara.

—¿Tardó mucho en devolverte la prenda?

—No, lo hizo casi en seguida.

Kevin Douglas se mesó el cabello.

—No entiendo nada, Britt.

—Yo tampoco, te lo aseguro. No sé qué pensar de ese tipo. El negó que fuera mago, pero conoce unos trucos fantásticos. Y tenía una cara, el tío...

—¿Era feo?

—Oh, no, nada de eso. Era un tipo muy atractivo. Lo de la cara lo he dicho porque era un fresco. A las primeras de cambio, me pidió que le invitara a almorzar.

—¿Será posible?

—Sí, quería que comiéramos sopa juntos.

—¡Qué rostro!

—Lo que peor me sentó fue que pretendiera hacerme creer que se trataba de un extraterrestre.

—¿Eso te dijo?

—Sí, aseguró que no era un habitante de la Tierra, que venía de muy lejos. De las estrellas, nada menos.

Kevin Douglas levantó el puño.

—¡Todas las hubiera visto, si llego a venir un poco antes! —aseguró.

Britt Ramsey no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Le hubieras sacudido, Kevin?

—¡Con muchas ganas!
—Era aún más alto que tú, ¿sabes?
—Pero no tan fuerte, seguro.
—También tenía buenos músculos, no creas.
—No hay quien pueda conmigo, y tú lo sabes.
Britt sonrió de nuevo.
—Sí, sé que no tienes rival con los puños, Kevin.
Este sonrió también y la abarcó por la desnuda cintura.
—Bien, puesto que el misterioso personaje se ha largado a otra parte con sus trucos, mejor será que nos olvidemos de él y nos divirtamos un poco —sugirió, acercando su boca a la de ella.
Britt le puso las manos en el pecho y lo frenó, evitando que la besara.
—No, Kevin.
Douglas frunció el ceño.
—¿Qué te ocurre? ¿Por qué no quieres que te bese?
—No estoy segura de que el tipo se haya largado. Puede estar espiándonos.
—Si es así, le pondremos los dientes largos.
—No, por favor.
Kevin Douglas emitió un gruñido.
—No es justo, Britt. He venido a verte porque deseaba tenerte entre mis brazos, besarte, acariciarte... Sabes que estoy loco por ti.
—Hombre, tanto como loco...
—Es la verdad, Britt.
—Te gusto, y tú también me gustas a mí. Eso es todo, por el momento.
—Yo quiero más.
—No me achuches, Kevin. Somos buenos amigos, pero si te pones pesado con lo de hacernos novios, con claros fines matrimoniales, tendré que dejar de verte.
—Eso suena a amenaza.
—No es más que una advertencia, Kevin. Puede que más adelante me enamore de ti, y acepte ser tu novia. Ahora, lo que siento por ti es una simple y pura atracción física. Me agrada que me beses, que me abraces, y que me acaricies de vez en cuando, pero no estoy enamorada de ti. Por eso sólo podemos ser amigos. Lo comprendes, ¿verdad?
—No, pero me aguantaré.
—¿Prometes no presionarme más?
—Sí, aunque no será fácil.
—Buen chico —sonrió Britt, y le dio un beso en los labios.
Su intención era darle un beso fugaz, pero Kevin la abrazó con fuerza y la obligó a mantener su boca pegada a la de él.

Britt trató de escapar de entre los musculosos brazos de Kevin, pero le fue absolutamente imposible. Era como ser abrazada por un oso, y no tuvo más remedio que resignarse a recibir el largo y fervoroso beso.

No era, desde luego, la primera vez que Kevin la besaba así.

Y a Britt solía gustarle.

En esta ocasión, sin embargo, no fue así.

Britt se sentía furiosa.

Y es que seguía pensando que tal vez Altar los estaba observando.

No quería que él la viese en brazos de Kevin.

¿Por qué?

Ni la propia Britt lo sabía.

* * *

El tremendo beso que Kevin Douglas le estaba dando a Britt Ramsey iba a tener graves consecuencias.

Sí, porque les impidió ver que un par de enmascarados saltaban silenciosamente la tapia y caían al jardín.

Se trataba de dos hombres altos, fornidos, ágiles.

Sigilosos como sombras, pero actuando con rapidez, se aproximaron a Kevin y Britt.

Cuando la muchacha los descubrió, por el rabillo del ojo, ya era tarde.

Uno de los tipos golpeó a Kevin.

En el cuello.

Con el filo de la mano.

Kevin emitió un ronco quejido y se desplomó.

Estuvo a punto de arrastrar a Britt en su caída.

Por fortuna, no fue así y la muchacha pudo echar a correr, chillando:

—¡Carrol...!

Sorprendentemente, los enmascarados no la persiguieron.

Pero en seguida se vio por qué.

Había otros dos enmascarados en la casa.

Britt frenó en seco su carrera al verlos aparecer en la puerta del jardín.

Uno de ellos tenía sujeta a Carrol Danning.

La doncella se veía pálida y temblorosa.

Britt, viéndose atrapada, se llevó las manos a la boca, a modo de megáfono, y gritó a pleno pulmón:

—¡Altarrrrr....!

CAPÍTULO IV

Los cuatro enmascarados quedaron bastante desconcertados.

Y lo mismo le ocurrió a Carrol Danning.

Ninguno de los cinco sabía a quién llamaba Britt Ramsey.

Aparte de ellos, en el jardín sólo estaba Kevin Douglas, pero éste yacía inconsciente sobre el césped.

Los dos enmascarados que saltaron la tapia caminaron hacia Britt.

Los otros dos hicieron lo propio, empujando a la asustada Carrol.

Britt los miró a unos y a otros, pero no se movió de donde estaba.

Sabía que de nada serviría intentar burlarlos.

Cuatro hombres eran demasiados.

Incluso para el musculoso Kevin.

Sólo el misterioso Altar, con sus trucos, podría intentar librarla de los tipos.

Pero Altar no aparecía.

Sin duda se encontraba ya muy lejos de allí.

Britt no lo llamó más veces.

Resignada a su suerte, la muchacha se dejó rodear por los enmascarados.

—¿Estás bien, Carrol? —preguntó, esforzándose por aparentar un aplomo que estaba muy lejos de poseer.

—Sí, señorita —respondió la doncella, con un hilo de voz.

—¿No te han hecho daño?

—No.

—Espero que tampoco me lo hagan a mí.

—No te lo haremos, no te preocupes —habló uno de los tipos.

—¿Qué es lo que quieren? —interrogó Britt.

—Tenemos que llevarte con nosotros.

—¿Adónde?

—Ya lo sabrás cuando lleguemos.

—Se trata de un secuestro, ¿eh?

—Así es.

—¿Qué esperan conseguir? ¿Dinero?

—No, algo mucho más importante.

—Oh, ya entiendo. Tienen planeado chantajear a mi padre, ¿eh?

—Es posible.

—Es un militar íntegro, no conseguirán nada de él —advirtió Britt.

—Ya lo veremos.

Britt no dijo nada más.

El enmascarado que llevaba la voz cantante, indicó a uno de sus compañeros:

—Trae la bata de baño de la chica. Va demasiado fresquita.

—Mejor, ¿no? —repuso el tipo, acariciando a Britt con los ojos.

—No asustes a la muchacha, estúpido —rezongó el que parecía ser el jefe del grupo.

—Está bien, traeré la bata —respondió el otro individuo, y fue por ella.

Cuando regresó con la bata, el jefe del grupo indicó a Britt:

—Póntela, preciosa.

La joven obedeció.

Mientras se ataba el cinturón, rezongó:

—No debí llamar a Altar.

—¿Qué?

—Es su jefe, ¿verdad?

—¿De qué hablas, guapa?

—Del cerebro que planeó todo esto. Ya sé que no se llama Altar, que es un nombre inventado. Vino primero a inspeccionar el terreno, ¿eh?

Los enmascarados se miraron unos a otros, sin comprender.

—¿Qué está diciendo? —murmuró uno de los tipos.

—No lo sé —gruñó el jefe—. Ya nos lo explicará por el camino. Vamos, en marcha.

Britt y Carrol fueron obligadas a caminar hacia la puerta del jardín.

—¿Van a secuestrarla también a ella? —preguntó Britt, mirando a la doncella.

—No, la dejaremos en la casa, atada y amordazada —respondió el jefe del cuarteto de enmascarados.

—Menos mal —dijo Britt, alegrándose por Carrol, y volvió un instante la cabeza para echar una última mirada a Kevin.

Seguía tirado sobre el césped, sin sentido.

No se iba a enterar de nada, el pobre.

Le habían atizado muy duro.

De pronto, Britt oyó exclamar a Carrol:

—¡Señorita Ramsey!

Britt se volvió en el acto.

Dio un fuerte respingo y gritó:

—¡Altar!

* * *

Sí.

Altar había aparecido.

Se hallaba en la puerta del jardín, en lo alto de la corta escalera, como si acabara de salir de la casa. El caso es que nadie le había visto

surgir de ella. Ni los enmascarados, ni Carrol Danning.

El extraterrestre había aparecido de pronto, como por arte de magia.

Los secuestradores se quedaron parados al verle. Su sorpresa era tan evidente, que Britt Ramsey comprendió que se había equivocado con respecto a Altar. No era el hombre que había planeado su secuestro. No tenía ninguna relación con los enmascarados. Altar, tranquilamente, y con su acento extranjero, ordenó:

—Soltad a las chicas.

El jefe de los secuestradores masculló:

—Que las soltemos, ¿eh?

—Sí, eso he dicho.

—Dinos también quién eres tú, y de dónde diablos sales.

—Me llamo Altar, y vengo de las estrellas.

—Conque de las estrellas, ¿eh?

—Sí, de ellas procedo.

—¡Dadle lo suyo a ese chiflado, muchachos! —ordenó el cabecilla del grupo.

Dos de los enmascarados fueron hacia Altar.

Este los esperó en lo alto de la escalera.

Serenamente.

Como si estuviera seguro de que le sería muy fácil repeler su ataque.

Britt Ramsey, temiendo que los tipos pudieran reducir al misterioso desconocido, exclamó:

—¡Utilice uno de sus trucos, Altar!

El extraterrestre sonrió.

—No es necesario, Britt.

Los enmascarados ya estaban subiendo la corta escalera.

El de la derecha fue el primero en atacar.

Altar burló hábilmente el puño del tipo, en un maravilloso alarde de reflejos, y contraatacó con rapidez, golpeando en el costado al enmascarado.

Fue un golpe muy extraño, pues no le pegó con el puño cerrado ni con el canto de la mano.

Lo hizo con los dedos.

Juntos y rígidos.

A modo de cuña.

Y la cuña hizo mucho daño al tipo, a juzgar por el tremendo aullido que lanzó, antes de caer y rodar por los escalones.

El otro sujeto escupió una palabrota y atacó también al hijo de las estrellas.

Altar, en otra fantástica demostración de agilidad y reflejos, esquivó el puño del enmascarado y respondió a su ataque de igual

modo que antes.

Es decir, golpeando con las puntas de sus dedos.

En esta ocasión, tomó como blanco la garganta del atacante.

Allí se incrustaron sus dedos.

Unos dedos que al tipo se le antojaron pequeñas barras de acero.

Le causaron un dolor terrible.

El enmascarado aulló y se llevó ambas manos al cuello, al tiempo que se derrumbaba.

Como su compañero, rodó por los peldaños de la escalera y acabó tendido en el césped.

Allí se retorcieron los dos, el uno agarrándose el costado y el otro la garganta, sin fuerzas para levantarse.

Los otros dos enmascarados lo veían y no lo creían.

Tampoco Britt y Carrol daban crédito a sus ojos.

—¡Es fantástico, señorita! —exclamó la doncella.

—¡Y que lo digas! —respondió la hija del general Ramsey, empezando ya a confiar en que Altar conseguiría salvarla de los secuestradores.

Sin embargo, sus esperanzas se desvanecieron al ver que los dos hombres que la sujetaban a ella y a Carrol las tiraban al suelo, de sendos y violentos empujones, y empuñaban un par de pistolas de rayos láser.

—¡Cuidado, Altar! —chilló Britt.

El extraterrestre no denotó temor alguno.

Parecía tenerle sin cuidado que los dos enmascarados le apuntasen con pistolas de rayos láser.

—Te la has ganado, amigo —masculló el jefe de la pandilla.

—¿Vais a disparar sobre mí? —preguntó Altar, inmutable.

—Pensábamos darte sólo unos golpes, pero has lastimado a nuestros compañeros, y vas a pagarlo con la vida.

Altar sonrió.

—No es fácil acabar conmigo, terrestres.

—¿Que no?

—Os lo demostraré.

Altar extendió sus brazos.

Al instante, de sus dedos brotaron sendos rayos azulados, que alcanzaron las pistolas que esgrimían los enmascarados.

En sólo un par de segundos, las armas se desintegraron, no quedando ni rastro de ellas.

CAPÍTULO V

Los tipos se miraban las manos con unos ojos como huevos de gallina.

Estaban vacías.

Las pistolas de rayos láser habían desaparecido.

Se habían fundido de la forma más increíble y sorprendente.

Britt Ramsey y Carrol Danning también miraban las manos de los enmascarados, con ojos asombrados.

—¡No están, Carrol! —exclamó la primera—. ¡Las pistolas no están!

—¡Se han esfumado, señorita! —añadió la doncella.

El jefe de los secuestradores y su compañero empezaron a temblar.

—¡Es un extraterrestre de verdad! —chilló el primero—. ¡Un ser de otro mundo, con poderes sobrenaturales!

—¡Larguémonos, de prisa! —gritó el segundo.

Los dos echaron a correr como locos hacia la tapia de ladrillos rojos.

Sus compañeros, ligeramente repuestos de los dolorosos golpes que les propinara Altar con las puntas de sus dedos, se incorporaron con alguna dificultad y corrieron también hacia la tapia.

El hijo de las estrellas no hizo nada por detenerlos.

Se limitó a sonreír, mientras contemplaba la alocada carrera de los tipos.

Los enmascarados alcanzaron la tapia y la saltaron, desapareciendo.

Britt Ramsey miró al extraterrestre y empezó a aplaudir.

—¡Bravo, Altar! ¡Ha estado usted genial!

—Muchas gracias —respondió él, y bajó la escalera.

Carrol Danning, muy pálida, se agarró del brazo de Britt.

—¡Es un extraterrestre, señorita Ramsey! —exclamó en tono quedo, mirando a Altar con ojos espantados.

Britt se echó a reír.

—¡Pero qué extraterrestre ni qué gaita escocesa! Altar sólo es un mago, Carrol.

—¿Mago? —pestañeó la doncella.

—¡Pues claro!

—¿El que usted estaba buscando, cuando Kevin Douglas llegó?

—¡El mismo! —asintió Britt, y se puso en pie.

Carrol también se levantó, un poco más tranquila que antes.

—Es un mago extraordinario, señorita Ramsey —murmuró.

—¿Verdad que sí?

—Y muy guapo.
Britt le clavó el codo en el costado.
—Calla, Carrol, que te puede oír.
—Lo siento, señorita. Se me escapó.
Altar se detuvo frente a ellas.
—¿Estáis bien las dos?
—Perfectamente —respondió Britt.
—Me alegro.
—Esta es Carrol, nuestra doncella.
—¿Qué tal, Carrol? —le sonrió el alienígena.
—Encantada de conocerle, señor.
—No me llames señor. Mi nombre es Altar.
—Lo sé.
Altar miró hacia donde yacía Kevin Douglas, todavía inmóvil.
—¿Quién es él?
—Kevin, un buen amigo mío —respondió Britt—. Uno de los enmascarados le dio un fuerte golpe en la cabeza.
—Sí, lo vi.
Britt respingó.
—¿Que lo vio...?
—Sí.
—¡Lo sabía!
—¿Qué es lo que sabías, Britt?
—¡Que nos estaba usted espiando!
—Espiar no es la palabra justa.
—¿Cómo lo llamaría usted, entonces?
—Vigilar.
—Viene a ser lo mismo.
—Oh, no, hay una gran diferencia. Espiar está muy feo, pero vigilar a alguien, para acudir en su ayuda si es necesario, es digno de agradecer.
Britt Ramsey entrecerró los ojos.
—¿Cómo sabía usted que yo iba a necesitar ayuda, Altar?
—No lo sabía, pero no descarté esa posibilidad.
—Muy intuitivo.
—Sí, mi sentido de la intuición está bastante desarrollado.
—¿Dónde se escondió usted, Altar?
—En la casa.
—¿Por qué no salió, cuando le llamé?
—Preferí esperar.
—Debió intervenir antes. Nos hizo pasar un mal rato, ¿sabe?
—No entendía bien lo que estaba sucediendo.
—Los tipos querían secuestrarme, para chantajear a mi padre.
—Sí, lo oí.

—En fin, gracias a usted, el plan de los tipos fracasó. Le estoy muy agradecida, Altar.

—Fue un placer ayudaros a las dos, Britt.

—¿Sabe que tiene una forma muy rara de pelear, Altar?

—¿De veras?

—Extraña del todo.

—Pero muy efectiva, señorita —intervino Carrol.

—Sí, es cierto —admitió Britt—. ¿Dónde están las pistolas, Altar?

—¿Qué pistolas?

—Las que les arrebató a los enmascarados.

—No se las arrebaté. Las desintegré.

Britt Ramsey rio.

—Oh, vamos, no empiece otra vez con sus tomaduras de pelo, Altar.

—En ningún momento intenté tomarte el pelo, Britt.

—Sé que empleó uno de sus trucos para desarmar a los tipos. Lo mismo que para arrancarme el sujetador del bikini. Y para esfumarse, cuando yo se lo pedí.

—No fueron trucos, Britt. Simplemente, hice uso de mis poderes.

—¡Y un jamón!

Carrol Danning empezó a asustarse de nuevo.

—A lo mejor es cierto, señorita Ramsey —musitó.

—¿El qué?

—Lo de los poderes.

Britt volvió a reír.

—No seas tonta, Carrol. Los magos no poseen poderes sobrenaturales, sólo emplean trucos. Y algunos son tan buenos, que nos hacen dudar de la realidad. Como lo de las pistolas, por ejemplo. Altar se las arrancó a los tipos de las manos sin que ellos se dieran cuenta. Ni nosotras tampoco. Distrajo su atención y la nuestra con esa especie de rayos azulados que parecieron brotar de sus dedos, y les birló las armas sin que nos enterásemos. Altar es un mago sensacional, tenemos que reconocerlo.

—No soy un mago, Britt —negó el alienígena.

—¿Insiste en que es un extraterrestre?

—Lo soy.

—¡Qué pesado!

—Mi cuerpo posee una poderosa energía interior, e hice uso de ella para fundir las pistolas de los enmascarados.

—¡Ande ya! —rio Britt, dando un manotazo al aire.

Altar iba a decir algo, cuando vio que el amigo de Britt se estaba incorporando.

Sí, Kevin Douglas se había despertado ya.

Y con muchas ganas de cobrarse el golpe que recibiera en el cuello,

al parecer.

Por lo visto, pensaba que se lo había propinado Altar, y hacia éste vino, como un toro furioso.

CAPÍTULO VI

Altar emitió un suave carraspeo.

—Creo que tu amigo no se ha despertado de muy buen humor, Britt.

—¿Kevin? —exclamó la muchacha, volviendo la cabeza.

Carrol Danning hizo lo propio.

—¡Ay, madre! —exclamó, respingando—. ¡Viene en plan torpedo, señorita!

Britt Ramsey adivinó que Kevin Douglas quería arrollar a Altar, y ella también respingó.

—¡Detente, Kevin!

—¡Voy a hacer pedazos al mago! —rugió Douglas, y embistió al extraterrestre como un rinoceronte.

Altar dio un fantástico salto, desplazándose hacia su derecha, y el corpachón de Kevin Douglas sólo arrolló el vacío.

Ello, lógicamente, provocó su caída.

Una caída tan aparatosa como cómica, pues Kevin rodó por el césped como una pelota.

Carrol agitó su mano derecha.

—¡Qué batacazo, señorita! ¡Menos mal que hay hierba!

—Si no llega a haberla, se mata —rezongó Britt.

Kevin Douglas bufó como un bisonte rabioso y se irguió de un salto.

—¿Dónde está el mago? —bramó, buscándolo con la mirada.

—Aquí, Kevin —respondió Altar, sonriendo.

—¡Te voy a machacar, condenado!

Britt vio que su bronco amigo tomaba carrera de nuevo para realizar una segunda embestida, y no dudó en interponerse entre él y Altar, aun sabiendo que si Kevin no frenaba a tiempo, a ella tendrían que llevarla urgentemente al Centro Médico de Washington.

—¡Párate, loco!

Kevin Douglas echó el freno, pero, aun así, faltó un pelo para que arrollara a la hija del general Ramsey.

Britt no pudo evitar el cerrar los ojos, porque ya se veía en el suelo con varios huesos rotos. También Carrol la veía así.

Kevin la cogió por los hombros.

—Apártate, Britt.

—No —respondió ella, agarrándole a su vez.

—¡Tengo que partirle la cara al mago!

—Altar es un amigo.

—¡Altar es un sinvergüenza, que te dejó con los pechos al aire!

—Fue sólo una demostración, Kevin.

—¡Yo voy a hacerle a él otra clase de demostración! Le enseñaré cómo se puede convertir a un hombre en pasta para albóndigas sin necesidad de pasarlo por la trituradora.

—¡No seas bestia, Kevin!

—El tipo me atizó en la nuca, y me las va a pagar.

—No fue él, Kevin.

—Tuvo que serlo, porque aquí no hay nadie más.

—Había cuatro hombres, pero se largaron.

Kevin Douglas reflejó desconcierto.

—¿Cuatro hombres?

—¡Sí, con el rostro cubierto! ¡Querían secuestrarme, pero Altar lo evitó, después de que uno de los enmascarados te hubiera dejado a ti inconsciente!

La cólera de Douglas remitió claramente.

—¿Secuestrarte a ti, Britt?

—Sí.

—Es terrible.

—Lo hubieran conseguido, de no ser por Altar.

Kevin Douglas miró al extraterrestre.

—¿De veras hizo huir a los secuestradores, Britt? —murmuró, sorprendido.

—¡Y cómo! Que lo diga Carrol.

—Fue increíble, señor Douglas —exclamó la doncella—. ¡Jamás había visto correr tanto a nadie! Parecía que cada tipo tenía un cohete en el culo.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Douglas—. Cuatro hombres contra uno…

—Altar es muy bueno peleando —aseguró Britt—. ¡Y es un gran mago, no lo olvides! Gracias a uno de sus trucos, consiguió desarmar a los tipos. Encima les soltó el cuento de que procede de las estrellas, y los secuestradores huyeron despavoridos, creyéndole un extraterrestre auténtico.

—Yo también me lo creí —confesó Carrol, que seguía teniendo sus dudas.

Altar se dejó oír:

—Hiciste bien, Carrol, porque soy un extraterrestre de verdad.

—¡Ay, señorita! —gimió la doncella, estremeciéndose visiblemente.

Britt rio.

—No te dejes tomar el pelo, Carrol.

—Es que lo dice en un tono que…

—Altar es un cuentista, está muy claro —dijo Kevin—. Pero salvó a Britt, y debemos estarle agradecidos por ello.

—Es verdad —sonrió Britt—. Yo ya le di las gracias.

—Yo también quiero dárselas.

Kevin se acercó a Altar y le tendió la mano.

El extraterrestre se la estrechó.

—Conque soy un cuentista, ¿eh, Kevin?

—Sí, no puedo admitir que vengas de las estrellas.

—Te haré una pequeña demostración.

Kevin Douglas tuvo una sacudida.

Después, empezó a temblar.

Pero no ligeramente, sino con fuerza.

¡Parecía estar recibiendo una descarga eléctrica!

Sus ojos se desorbitaron.

Los dientes empezaron a castañetearle.

Su rostro reflejaba un pánico infinito.

Britt y Carrol se asustaron.

La primera exclamó:

—¿Qué te ocurre, Kevin?

—¡Parece que le haya dado un patatús, señorita! —gritó la doncella.

Kevin intentó decir algo, pero no podía hablar. Britt adivinó que la mano de Altar era la culpable de lo que estaba sucediendo a Kevin, y chilló:

—¡Suéltele la mano, Altar!

El alienígena soltó la diestra de Kevin Douglas, y éste dejó de recibir aquella especie de descarga eléctrica que le tenía agarrotado y alarmantemente tembloroso.

—¡Kevin! —exclamó Britt, aproximándose a él—. ¿Estás bien?

—Sí, ahora sí —masculló roncamente Douglas—, Pero lo he pasado muy mal. La mano de Altar es como un cable de alta tensión. Tiene electricidad...

Britt miró al extraterrestre, ceñuda.

—Otro de sus trucos, ¿eh, Altar?

—No, la energía interior de mi cuerpo.

—Ya.

—Kevin me llamó cuentista, y quise demostrarle que estaba equivocado.

—Yo también se lo llamo.

—¡Señorita Ramsey! —exclamó Carrol, temiendo que Altar le hiciera lo mismo que a Kevin.

El alienígena, por el momento, no hizo nada.

—Cuentista, más que cuentista —insistió valientemente Britt—. Vamos, aquí está mi mano. Cójala y suélteme una descarga eléctrica.

—¡No sea loca, señorita! —gritó la doncella.

—Silencio, Carrol.

—¡Lo va a pasar muy mal!
—Lo resistiré, no te preocupes.
Kevin Douglas intervino:
—Britt, haz caso a Carrol. No dejes que Altar coja tu mano.
—Quiero que la coja. Tengo que saber si es cierto lo de la electricidad. Vamos, Altar, que me canso de tener la mano en el aire.
El hijo de las estrellas sonrió y tomó la mano de la muchacha.
Britt estaba preparada para sufrir la posible descarga eléctrica, pero no sucedió nada.
—¿Qué pasa con su poderosa energía interior, Altar? —preguntó, en tono burlón.
—No quiero hacerte daño, Britt.
—¿Y por qué se lo hizo a Kevin?
—Él es un hombre.
—Y yo una mujer, pero valiente. Vamos, suélteme ya la descarga.
—No, me niego.
—Confiese que no es un extraterrestre. Y que no se llama Altar.
—Me llamo Altar, y vengo de las estrellas.
—¡Al diablo! —exclamó Britt, furiosa, y soltó la mano del alienígena.
—¿Por qué te enfadas?
—¡Porque está llevando usted su broma demasiado lejos, demonio! Yo le agradezco mucho que me salvara de los enmascarados, pero me irrita que siga dándonos la lata con lo de que procede de las estrellas. ¡Cambie el disco, por favor!
—Está bien, no insistiré —sonrió Altar—. Pero no veo qué tiene de malo proceder de las estrellas.
—¡Y dale!
Kevin Douglas rezongó:
—No vale la pena discutir, Britt. Lo que tienes que hacer es avisar a tu padre. Tiene que saber lo que ha ocurrido aquí. Necesitas protección. Los tipos pueden volver.
—No creo que se atrevan, después de lo que Altar les hizo.
—Quizá estén esperando a que se marche, para intentarlo de nuevo.
Britt se asustó.
—¿Tú crees, Kevin?
—No lo sé, pero debes tomar precauciones.
—Tienes razón, llamaré a mi padre.

* * *

Casualmente, George Ramsey se anticipó a la llamada de su hija.
—Hola, Britt.

—¡Papá! —exclamó la muchacha.

—Hace un par de minutos que acabó la reunión, y como te prometí…

—Iba a llamarte yo, papá.

—¿Tú?

—¡Han intentado secuestrarme!

—¿Qué?

Britt le refirió lo sucedido, sin mencionar que Altar afirmaba ser un extraterrestre.

—¡Gracias a Dios que ese joven te salvó, hija! —exclamó George.

—Es un valiente, papá. Un poco raro, pero le echa mucho valor y mucha audacia a todo.

—Estoy deseando conocerle, Britt.

—Voy a invitarlo a almorzar. Se ha empeñado en que comamos sopa juntos.

—¿Sopa?

—Ya te he dicho que es un poco raro.

—Procuraré estar ahí a la hora del almuerzo. Quiero darle las gracias personalmente a ese muchacho. Y, por si los tipos vuelven, enviaré una patrulla militar. Los soldados protegerán la casa día y noche, durante algún tiempo.

—Buena idea, papá.

George Ramsey se despidió de su hija y cortó la comunicación.

Britt se volvió hacia Kevin y Altar.

Seguían en el jardín, porque allí había un videófono.

Carrol continuaba con ellos.

—¿Tú también te quedas a almorzar, Kevin? —preguntó Britt.

—Me gustaría, pero no puedo. Tengo que volver a la ciudad.

—Qué lástima.

—Otro día, Britt.

—Cuando quieras.

—Estando Altar contigo, no será necesario que espere a que llegue la patrulla, ¿verdad?

—Desde luego que no. Mientras Altar siga en la casa, los secuestradores no se atreverán a acercarse.

—Entonces, me marcho.

—Acompáñale a la puerta, Carrol.

—Sí, señorita.

Kevin Douglas y la doncella abandonaron el jardín.

CAPÍTULO VII

La patrulla militar, enviada por el general Ramsey, se dirigía ya hacia la casa de éste, en un helimóvil del ejército.

Estaba formada por un sargento y cuatro soldados.

Los cinco hombres iban fuertemente armados.

Minutos después, el helimóvil militar se posaba frente a la hermosa casa de George Ramsey.

El sargento y los cuatro soldados saltaron al suelo, empuñando sus fusiles de balas explosivas.

Todo estaba tranquilo.

Pero era sólo en apariencia.

La patrulla militar corría un grave peligro.

Cuatro hombres, perfectamente emboscados, estaban apuntando a los soldados con fusiles de rayos ultrasónicos.

El cabecilla del grupo hizo una señal, y los fusiles de rayos ultrasónicos comenzaron a funcionar.

Los militares no tuvieron tiempo de responder al repentino ataque.

Los hombres que les habían tendido la emboscada tenían buena puntería, y el sargento y los cuatro soldados se derrumbaron casi en grupo, certeramente alcanzados en la cabeza por los potentes rayos ultrasónicos, que destrozaron sus cerebros sin causar la más leve herida externa.

De eso se trataba.

No convenía derramar ni una sola gota de sangre.

La sangre hubiera manchado los uniformes de los soldados, echando por tierra el plan de los atacantes, que consistía en suplantar a la patrulla militar.

Y para ello, lógicamente, necesitaban los uniformes de los soldados en perfecto estado.

Tampoco convenía que los soldados efectuasen disparos, porque podrían ser oídos desde el interior de la casa. Y también esto se había logrado, pues la patrulla había sido abatida sin que sus componentes hubieran efectuado un solo tiro.

El plan, por tanto, estaba saliendo a la perfección.

Los atacantes ya podían suplantar a los soldados y llevar a cabo la segunda fase del plan, que consistía en penetrar en la casa, con su falsa apariencia militar, y secuestrar a la hija del general Ramsey.

Sabían, naturalmente, que Altar continuaba en la casa.

Pero, en esta ocasión, y a pesar de sus sobrenaturales poderes, el extraterrestre no podría evitar el secuestro de Britt Ramsey, porque no desconfiaría de la falsa patrulla militar que debía proteger a la hija del

general Ramsey, y los secuestradores podrían sorprenderle fácilmente.

* * *

Ajenos por completo al peligro que ambos corrían, Britt Ramsey y Altar conversaban tranquilamente en el salón, sentados en el moderno sofá, con sendas copas en las manos.

La muchacha no se había cambiado, seguía en bikini y bata de baño.

Tenía una pierna sobre la otra, pero las exhibía las dos, gracias a la brevedad de la bata.

De pronto, Altar agarró su mano y la posó en el muslo que la joven mantenía sobre el otro.

Britt lo miró.

—¿Va a soltarme una descarga de energía, Altar?

El alienígena sonrió.

—Sabes que no.

—¿Por qué ha puesto su mano sobre mi muslo, entonces?

—Para acariciarte.

—¿Con permiso de quién?

—¿Piensas negármelo?

—Es posible.

—No lo creo —dijo Altar, y la besó.

Fue un beso suave, cálido, de los que llegan directamente al corazón de una mujer.

Britt, naturalmente, no rechazó una caricia tan agradable.

A pesar de ello, dijo:

—¿Sabe que es usted un tipo muy atrevido, Altar?

—Kevin también te besó.

—Kevin es un buen amigo.

—Yo también.

—A usted lo he conocido hoy.

—Tutéame, por favor. Dentro de un rato vamos a comer sopa juntos.

Britt Ramsey no pudo contener la risa.

—Eres un tipo simpático, Altar, tengo que reconocerlo. Si no fuera por esa perra que has cogido con lo de que vienes de las estrellas...

—Quedamos en no hablar de eso, Britt.

—Es cierto, no toquemos de nuevo el tema, porque me irritaré. Y cuando yo me irrito...

—Me gustas mucho, Britt.

—Tú a mí también me gustas, Altar.

—¿Más que Kevin?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso tienes celos de él?

—No sé lo que son los celos.
—¿Te gustó que Kevin me abrazara con fuerza y me besara con tantas ganas?
—No.
—Pues eso son los celos, amigo mío.
—Me pareció que tú no querías que Kevin te besara.
—Es cierto, no quería.
—¿Por qué?
—Sospechaba que tú nos estabas observando.
—¿Haces el amor con Kevin?
—Me niego a responder a eso.
—¿Por qué?
—Es una pregunta muy personal.
—¿Quieres hacerlo conmigo?
—¿El qué?
—El amor.
—¡Ni hablar!
—¿No has dicho que te gusto?
—Sí, pero...
Altar la besó de nuevo, esta vez con más fuerza que antes.
Y más largamente.
Britt no protestó.
Altar dejó de acariciarle las piernas y buscó el cinturón de la bata, para soltarlo.
Britt no se dio cuenta de que Altar deshacía el nudo.
Ni de que le abría la bata.
Ni de que le soltaba el sujetador del bikini.
Cuando se enteró, la mano de Altar ya oprimía sus senos con suavidad, acariciando los rosados pezones, que se levantaron con prontitud, gozosos.
Britt se estremeció dulcemente.
Después, empujó suavemente a Altar y le obligó a separar su boca de la de ella.
—Tú tienes mucha cara, compañero —dijo, aunque no en tono de enfado.
Altar sonrió, sin retirar su mano de los erectos senos femeninos.
—¿Por qué dices eso?
—¿Y todavía lo preguntas?
—Me gusta acariciarte, Britt. Y sé que a ti te complace que lo haga.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Nadie, pero lo adivino.
Britt levantó la mano derecha.
—¿Adivinas también lo que voy a hacer con esta mano?
—Prestar juramento.

—¿Eh?
—¿No se hace así en la Tierra, con la mano derecha en alto?
Britt emitió una risita.
—Sí, es verdad. Pero yo no la he levantado para prestar juramento, sino para estrellártela en la cara.
—A eso creo que le llamáis bofetada, ¿no?
—Exacto.
—¿Y por qué quieres darme una bofetada?
—Por carota. Por fresco. Por sinvergonzón.
—Levanta la otra mano también —pidió Altar.
—¿Es que prefieres que te abofetee a dos manos?
—Levántala, vamos.
—Está bien.
Cuando Britt tuvo las dos manos en alto, Altar levantó las suyas, las entrelazó con las de ella, y empujó suavemente hacia atrás, haciendo caer a la muchacha sobre el sofá.
Britt, que no había ofrecido la menor resistencia, preguntó:
—¿Qué te propones, pedazo de bribón?
—Hacerte cambiar de idea.
—¿Con respecto a qué?
—A lo de hacer el amor contigo.
—No lo conseguirás.
—¿Qué te apuestas a que sí?
—Como no me violes...
—Yo nunca haría eso —aseguró Altar, y empezó a besarle el rostro, las orejas, el cuello, los pechos. Britt tembló de placer.
—Qué hábil eres, maldito.
—¿Harás el amor conmigo, Britt?
—Sí, pero no aquí. Yo elegiré el lugar y el momento.
—Muy bien.
—Vamos, déjame ya, porque como sigas besándomelo todo, perderé la cabeza y te pediré que me hagas tuya aquí mismo, sobre el sofá.
—Por mí, encantado.
—Claro, y si nos sorprende Carrol en pleno acto amoroso, el bochorno será para mí.
—Tienes razón —sonrió Altar, y se irguió.
Britt incorporó el torso, se colocó el sujetador del bikini, y se cerró la bata de baño.
Estaba atándose el cinturón, cuando apareció Carrol, informando:
—La patrulla militar enviada por su padre acaba de llegar, señorita Ramsey.

CAPÍTULO VIII

Britt Ramsey se puso en pie.

—Vamos a saludarlos, Altar.

El extraterrestre se levantó también y abandonaron los dos el salón, precedidos por Carrol Danning.

Los falsos soldados aguardaban en el vestíbulo.

Eran solamente cuatro, claro, pero el tipo que suplantaba al sargento se apresuró a decir:

—Hay otro hombre afuera, vigilando el helimóvil.

No era cierto, naturalmente, pero el tipo quería justificar la ausencia del quinto componente de la patrulla. Tampoco olvidó cambiar el tono de su voz, para no ser reconocido por Britt, Altar o Carrol.

Era el jefe del grupo de secuestradores —el que más hablara en la ocasión anterior—, y aunque entonces llevaban los cuatro el rostro cubierto, ahora tenían que andarse con pies de plomo.

El tono de su voz podía delatarles.

Incluso el color de sus ojos.

Por suerte para ellos, Britt, Altar y Carrol estaban plenamente convencidos de que se trataba de auténticos militares. Y al no sospechar de aquellos cuatro hombres, no se fijaron en el color de sus ojos ni prestaron demasiada atención al tono de voz del falso sargento.

Britt dijo:

—No creo que los tipos que intentaron raptarme vuelvan por aquí, pero me siento más tranquila sabiendo que una patrulla de soldados me protege.

—Si vuelven, los atraparemos.

—Estoy segura de ello, sargento —sonrió la muchacha.

—Quiero apostar un par de hombres en el jardín, señorita Ramsey. Debemos cubrir también este lado de la casa, por si los secuestradores intentan colarse en ella por allí.

—Perfecto, sargento. Sígannos, por favor —rogó Britt, echando a andar.

Altar la imitó.

Era lo que los secuestradores estaban esperando, que el extraterrestre les diera la espalda.

El falso sargento levantó su fusil y le arreó un tremendo culatazo a Altar en la cabeza.

El alienígena emitió un ronco gemido y se desplomó, quedando tendido en el brillante suelo del vestíbulo.

* * *

Carrol Danning había visto que el sargento levantaba su fusil, pero no pasó por su imaginación que fuera a golpear a Altar con él. De ahí que no advirtiera al extraterrestre.

Cuando el falso militar golpeó a Altar, la doncella dio un grito de sorpresa.

—¡Señorita Ramsey...!

Britt Ramsey ya estaba volviendo la cabeza.

Había escuchado el duro impacto de la culata del fusil del falso sargento contra el cráneo de Altar, así como el ronco gemido de dolor emitido por éste.

Britt vio que el extraterrestre se derrumbaba pesadamente y quedaba inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

—¡Altar! —gritó.

—Le ha golpeado el sargento, señorita —informó Carrol.

El falso militar sonrió desagradablemente.

—Sí, he sido yo.

Britt, que no comprendía nada, preguntó:

—¿Por qué lo ha hecho, sargento?

—No soy sargento.

—¿Qué?

—Ni ellos soldados.

—Pero...

El jefe del grupo, que ya no disfrazaba su voz, preguntó:

—¿No te recuerda a nadie mi voz, preciosa?

—Sí, creo que sí.

—¿A quién?

Britt dio un respingo y exclamó:

—¡A uno de los secuestradores!

—¡Premio! —dijo el tipo, rompiendo a reír.

Britt Ramsey palideció.

También Carrol Danning perdió el color, al tiempo que exclamaba:

—¡Otra vez ellos!

—No entiendo cómo... —musitó Britt.

—El plan inicial falló, por culpa del extraterrestre, y tuvimos que idear otro. Sabíamos que una patrulla de soldados venía hacia aquí, y les preparamos una emboscada. Eliminarlos y ponernos sus uniformes, fue...

—¿Cómo sabían que mi padre había enviado una patrulla militar? —le interrumpió Britt, sorprendida.

—Nos lo dijo un pajarito.

Britt Ramsey no hizo más preguntas.

Estaba pensando.

Y no le gustaban nada sus pensamientos.

El jefe de los secuestradores indicó:

—Atad al tipo. Y atadlo fuerte, para que no pueda intentar nada, cuando despierte. Tal vez no sea cierto que posee poderes sobrenaturales, y nos arrebatara las pistolas empleando un hábil truco, como asegura…

—¿Como asegura quién? —preguntó Britt, al ver que el tipo se interrumpía.

El individuo sonrió.

—Nadie, preciosa.

Britt guardó nuevamente silencio.

Volvía a pensar.

Y cada vez le gustaba menos lo que pensaba.

Altar fue sólidamente maniatado por dos de los secuestradores.

El terrible culatazo le había causado una herida en la cabeza, que estaba manchando de sangre sus rubios cabellos.

—Si es cierto que se trata de un ser de otro mundo, tiene la sangre del mismo color que nosotros, los terrestres —observó uno de los tipos que estaban atando a Altar.

—Sí, la tiene roja —dijo el otro sujeto, sonriendo.

—Seguro que es tan terrestre como nosotros —rezongó el jefe del grupo—. Nos impresionó con su agilidad y su extraña forma de pelear, y luego nos asustó con el maldito truco que utilizó para hacer desaparecer nuestras pistolas. Se rio de nosotros, pero ahora nos reiremos nosotros de él.

—¡Nosotros nos reiremos, y él llorará! —añadió el tipo que, junto con el jefe de la pandilla, vigilaba a Britt y a Carrol, apuntándolas con su fusil.

Britt sintió un escalofrío.

—¿Qué piensan hacerle? —preguntó.

—Daño, mucho daño —respondió el jefe del grupo.

—¡Cobardes!

—Él también nos hizo daño a nosotros, guapa. ¿Lo has olvidado ya?

—Se limitó a defenderse.

—Bueno, pues esta vez me temo que no podrá defenderse —dijo el tipo, y se echó a reír.

Sus compañeros le imitaron.

Como Altar ya estaba fuertemente atado, el jefe de los secuestradores indicó:

—Atad también a las chicas.

Britt y Carrol no ofrecieron resistencia, conscientes de que no hubiera servido de nada.

Los secuestradores les ataron las manos a la espalda.

Después, dos de ellos cargaron con el desvanecido Altar, y los otros dos empujaron a las chicas.

—En marcha, preciosas.

—¿Se llevan también a Carrol? —preguntó Britt, extrañada.

—Sí.

—La otra vez dijeron que iban a dejarla en la casa, atada y amordazada.

—Las cosas han cambiado, guapa.

—¿En qué han cambiado?

—En el primer intento, llevábamos todos el rostro cubierto, y la doncella no hubiera podido dar nuestra descripción. Ahora es distinto. Nos ha visto la cara a los cuatro. Por eso nos la llevamos también.

—Entiendo —murmuró Britt, temiendo por su futuro, por el de Carrol, y por el de Altar.

Los tres habían visto las caras de los secuestradores, lo cual hacía sospechar que éstos no se arriesgarían a dejarlos en libertad, aunque consiguieran lo que pretendían con el secuestro de la hija del general Ramsey.

Tendrían que mantenerlos encerrados en algún sitio seguro.

O tal vez tenían ya planeado matarlos.

Este pensamiento hizo que a Britt Ramsey se le erizara el vello.

Miró a Carrol Danning.

La doncella parecía estar pensando lo mismo.

Estaba pálida como un cadáver, y los labios le temblaban ligeramente.

Britt desvió la mirada hacia Altar.

Él era el único que podía salvarlas, y salvarse a sí mismo, a la vez.

Era un tipo de muchos recursos.

Y conocía unos trucos fantásticos.

Al pensar en los trucos de Altar, Britt deseó por primera vez que no fuese un mago extraordinario, sino un extraterrestre de verdad, un ser de otro mundo llegado de muy lejos.

De las estrellas, como repetía él una y otra vez.

Si Altar tenía, como él aseguraba, poderes sobrenaturales, no le sería tan difícil liberarse y reducir a los secuestradores.

Habría que esperar a que recobrase el sentido, para ver cómo reaccionaba.

CAPÍTULO IX

Secuestradores y secuestrados se trasladaron en el helimóvil militar al lugar en donde permanecía posado el helimóvil de los primeros.

No estaba lejos de la casa.

Cambiaron de vehículo volador, y se alejaron con rapidez.

Los secuestradores no se tomaron la molestia de cubrir los ojos de Britt Ramsey y Carrol Danning, lo que vino a confirmar las sospechas que ambas tenían.

Los tipos no pensaban dejarlos en libertad a ninguno de los tres.

De ahí que no les importara que Britt y Carrol viesen a qué lugar los conducían. Como no tendrían ocasión de contárselo a nadie...

El helimóvil de los secuestradores era de los grandes.

Disponía de tres asientos largos, en los que cabían tres personas perfectamente en cada uno de ellos. Es decir, que podían viajar hasta nueve personas en el vehículo volador.

En el asiento delantero iba solamente el tipo que lo pilotaba. En el que había detrás, iban otros dos secuestradores, a cuyos pies yacía Altar, todavía inconsciente. Y por último en el asiento trasero iban Britt y Carrol, junto con el jefe de la pandilla, que se había sentado en medio de las dos.

El tipo era un zorro.

Y un tocón, según pudieron comprobar Britt y Carrol a los pocos minutos de que el helimóvil se hubiera elevado.

Con escaso disimulo, el individuo puso una mano sobre las piernas de Britt, y la otra sobre las piernas de Carrol, que estaban casi tan visibles como las de la hija del general Ramsey, pues su uniforme de doncella era atrevidamente corto.

Carrol no se atrevió a decir nada, pero Britt gruñó:

—¿Por qué no se pone las manos en el culo?

—¿En el mío o en los vuestros? —sonrió el tipo.

—Retire sus sucias zarpas o se arrepentirá —amenazó Britt.

—¿Qué puedes hacerme, con las manos atadas a la espalda?

—Cerrarle un ojo de un salivazo. O partirle la boca de un cabezazo.

Lo del cabezazo hizo ponerse en guardia al tipo.

—Te aconsejo que no intentes nada, preciosa. Lo lamentarías profundamente.

—Si quiere que me esté quieta, deje de tocarme las piernas. Y a Carrol también.

El individuo apretó las mandíbulas.

—Si no fuera porque el jefe... —rezongó.

—Creí que el jefe era usted.
—No, sólo soy el jefe del comando.
—Entiendo. El jefe supremo es el cerebro que planeó mi secuestro.
—Así es.
—Y él les prohibió maltratarme.
—Exacto.
—¿Por qué?
—Es todo un caballero.
—No me haga reír.
—Es la verdad.
—No, la verdad es otra. Su jefe me conoce, le gusto y no quiere que ninguno de ustedes me ponga la mano encima. Prefiere ponérmelas él, ¿no es así?
—Tal vez.
—Muy bien. En cuanto le vea, le diré que usted intentó aprovecharse de mí. ¿Qué tal cree que le sentará?
El tipo retiró inmediatamente su mano de los esbeltos muslos de la hija del general Ramsey.
—No he intentado aprovecharme de ti, guapa.
—Me ha tocado las piernas.
—Eso no tiene importancia.
—Lo sé. Pero yo puedo decirle que me toqueteó los pechos, y eso es mucho más serio.
—Pero es falso.
—¿Qué se apuesta a que me cree a mí, y no a usted?
El tipo se puso nervioso.
—No se lo dirás, ¿verdad?
—No lo haré si usted nos deja tranquilas a Carrol y a mí en lo que resta de viaje.
El sujeto apartó la mano que tenía sobre los torneados muslos de la doncella.
—Trato hecho, rubia.
—Bien —sonrió Britt, satisfecha de haber sabido encontrar la manera de evitar que el tipo se aprovechara de ella y de Carrol.

* * *

El helimóvil de los secuestradores se habría alejado ya unos trescientos o cuatrocientos kilómetros de la casa del general Ramsey, siguiendo la línea de la costa, cuando el tipo que lo pilotaba lo hizo descender, posándolo en una pequeña cala rodeada de enormes farallones.
Un lugar ideal para esconderse.
En aquel trozo de playa había una casa construida con troncos.

Parecía una cabaña, pero era bastante amplia.

El helimóvil quedó posado a pocos metros de ella.

El tipo que lo pilotaba paró el motor y las hélices empezaron a perder fuerza.

—Abajo todo el mundo —gruñó el jefe del comando, que seguía de mal humor.

Secuestradores y secuestrados descendieron del vehículo volador.

Altar continuaba inconsciente, y fue sacado del helimóvil por los dos tipos que lo vigilaban.

—El mago no se despierta, Drake —dijo uno de ellos.

—No me extraña, Ellis. Le di un culatazo muy serio —respondió el jefe del comando.

—Y tan serio. Como que faltó poco para que le hundieras el cráneo, Drake —dijo el otro tipo que cargaba con Altar.

—No exageres, King.

—Me parece que King no exagera, Drake —habló el cuarto secuestrador—. Y es posible que el tipo no vuelva a abrir los ojos.

—No digas estupideces, Rush —masculló Drake.

Britt Ramsey, que se había estremecido al oír las palabras del llamado Rush, gritó:

—¡Es usted un salvaje, Drake!

Este la apuntó con el dedo, con gesto amenazante.

—Sujeta la lengua, nena.

—¿Por qué tuvo que golpearle tan fuerte, animal?

—¡Porque me interesaba que hiciera el viaje dormido! ¡Y retira lo de animal o te tumbo de un revés!

—¡Atrévase a pegarme y verá la de cosas que le cuento a su jefe, Drake!

Este, que ya tenía la mano en alto, la bajó bruscamente y barbotó:

—¡Entremos en la casa, maldita sea!

* * *

Britt, Carrol y Altar habían sido encerrados en la misma habitación, atados a sendas sillas, en tanto que otro secuestrador, sentado en otra silla, los vigilaba con un fusil de rayos ultrasónicos en las manos. Los otros tres hombres habían salido de la habitación.

Britt preguntó:

—¿Dónde está vuestro jefe, Rush?

—No puedo decírtelo, preciosa.

—Sólo quiero saber si va a venir a este lugar.

—Por supuesto.

—¿Cuándo?

—En cuanto le sea posible.

—Tiene ocupaciones, ¿eh?
—Sí, las tiene.
—Entonces, no vendrá hasta la noche.
—Seguramente.
—¿Qué pensáis exigirle a mi padre, a cambio de mi libertad?
—Eso es cosa del jefe, nena. Cuando venga, se lo preguntas a él.
—Se lo preguntaré. Y otras cosas, también.
—¿Qué cosas?
—Sospecho que no querrá dejarnos en libertad a ninguno de los tres.
—¿Qué te hace pensar eso?
—Os hemos visto las caras, conocemos vuestros nombres, nos habéis traído a vuestra guarida sin vendarnos los ojos... ¿Te parecen pocos motivos?
El tipo sonrió ligeramente.
—Eres una chica lista, rubia.
—No me tengo por tonta, desde luego.
—No sé lo que decidirá el jefe, pero pienso que no querrá dejaros en libertad. Sería muy peligroso para nosotros cuatro.
—Y para él, también —dijo Britt.
—¿Para el jefe...?
—Sí.
—¿Piensas que nosotros lo delataríamos, si nos atrapasen?
—Lo delataría yo.
El tipo sonrió.
—No digas tonterías, guapa. ¿Cómo ibas a delatarlo, si no sabes quién es?
—Claro que lo sé.
Rush borró la sonrisa de sus labios.
—¿Que lo sabes?
—Sí.
—No te creo.
—Vuestro jefe es Kevin Douglas.

CAPÍTULO X

Rush brincó de la silla.

—¿Cómo has adivinado que...?

Britt Ramsey sonrió.

—Soy una chica lista, tú mismo lo dijiste.

—A Kevin no le va a gustar, ¿sabes?

—Pues que le ponga un lacito.

Rush soltó un gruñido y abandonó la habitación.

—Va a informar a sus compañeros —adivinó Britt.

Carrol Danning, perpleja, murmuró:

—Kevin Douglas...

Britt la miró.

—Sí, Carrol. Él lo planeó todo. El maldito de Kevin Douglas.

—¿Cómo lo ha descubierto usted, señorita?

—Por los comentarios que hizo Drake, el jefe del comando. Cometió un desliz al decir que ellos sabían que mi padre había enviado una patrulla militar para que me protegiera. Lo sabían porque Kevin se lo había dicho. Encontré un poco raro que se marchara sin esperar a que llegasen los soldados. Y aún me pareció más raro que me dejara a solas con Altar. Lo lógico hubiera sido que no quisiera separarse de mí, después de lo ocurrido.

La doncella dio una cabezada de asentimiento.

—Creo que tiene razón, señorita.

—Sí, claro que la tengo. Kevin se marchó porque le urgía hablar con sus hombres. Él les convenció de que Altar no es un extraterrestre, sino una especie de mago, que conoce unos trucos fantásticos. Les quitó el miedo del cuerpo y les explicó su nuevo plan: liquidar a la patrulla militar, despojarlos de sus uniformes, y suplantarlos. Un plan muy inteligente, tengo que reconocerlo. Y les salió redondo.

—Claro —rezongó Carrol—. ¿Cómo íbamos a sospechar nosotros que no se trataba de una auténtica patrulla militar, sino de los secuestradores disfrazados de soldados?

—Caímos en la trampa, Carrol.

—Lo que no entiendo, señorita, es por qué Kevin Douglas planeó su secuestro.

—Tampoco yo. No sé qué diablos pretende. Pero lo averiguaré, te lo prometo. En cuanto venga a este lugar, le diré cuatro cosas bien dichas a ese farsante. Qué bien representó la comedia, el condenado —masculló Britt.

De pronto, la doncella dio un respingo y exclamó:

—¡Altar se está despertando, señorita Ramsey!

* * *

Era cierto.

El extraterrestre había movido la cabeza.

—¡Altar! —exclamó Britt Ramsey, alegrándose infinitamente.

El hijo de las estrellas levantó la cabeza lentamente y miró a las dos mujeres, con ojos turbios, todavía.

—Britt... Carrol... —pronunció quedamente.

—¿Cómo te sientes, Altar? —preguntó la hija del general Ramsey.

—Tengo un terrible dolor de cabeza.

—No me extraña. Te dieron un tremendo golpe en ella, con la culata de un fusil.

—¿Quién me golpeó? ¿Qué pasó? ¿Dónde estamos?

Britt se lo explicó en pocas palabras.

Altar apretó los maxilares.

—Conque eran los secuestradores disfrazados de soldados, ¿eh?

—Sí.

—Y Kevin Douglas el cerebro que lo planeó todo.

—Así es.

—Yo le ajustaré las cuentas a ese traidor.

—¿Crees que podremos escapar, Altar?

—Seguro.

Britt y Carrol intercambiaron una mirada, esperanzadas.

La primera preguntó:

—¿Emplearás alguno de tus trucos, Altar?

—No, recurriré a mis poderes.

—¡Ya estamos otra vez!

—¿Cuándo te vas a convencer de que digo la verdad, Britt?

—Me temo que nunca.

—No soy un habitante de la Tierra, te lo juro.

—Tu sangre es roja.

—¿Cómo esperabas que fuera?

—Verde, como la de los marcianos.

—Los marcianos no existen, Britt.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco bien el Sistema Solar.

—Pero tú vienes de más lejos, ¿no?

—Sí, de mucho más lejos.

—De las estrellas.

—Eso es.

—Lo siento, pero no trago.

—Pero qué terca eres, Britt.

—Si fueras un extraterrestre de verdad, serías diferente.

—Y lo soy. Vosotros, los terrestres, no poseéis los poderes que

poseo yo.

—Ya salieron los poderes.

Carrol Danning intervino:

—Deje que haga uso de ellos, señorita Ramsey.

—De sus trucos, querrás decir.

—De lo que sea. Lo importante es que nos salve, señorita.

—Sí, tienes razón. Vamos, Altar, haz uso de tus «poderes» y sálvanos —pidió Britt.

El extraterrestre compuso una mueca.

—Me temo que tendréis que esperar un poco, Britt.

—¿Por qué?

—Tengo que recuperarme del golpe que recibí en la cabeza. En este momento, no puedo hacer uso de mis poderes. Mi cerebro acusa los efectos del fuerte golpe, no puedo concentrarme debidamente.

—¿Lo has intentado ya, Altar?

—Sí, y siento unos terribles aguijonazos en mi masa cerebral. Tendréis que darme un poco de tiempo.

Britt Ramsey entrecerró un ojo con desconfianza.

—No será una comedia para asustarnos, ¿verdad?

—¿Comedia?

—Si te has enfadado porque no creo en tus poderes sobrenaturales, te pido perdón. Ya creo, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, me has convencido. Y tampoco dudo que vengas de las estrellas. En realidad, cada cual es muy libre de venir de donde le dé la gana. ¿No es cierto, Carrol?

—Muy cierto, señorita —asintió la doncella.

—¿A que también a ti te ha convencido?

—Desde el primer momento, señorita.

—¿Lo estás oyendo, Altar?

El extraterrestre sonrió.

—Sois un par de embusteras, pero no voy a enfadarme con vosotras.

Britt se mordió los labios.

—Ayúdanos, Altar, por favor.

—Lo haré, os lo prometo. En cuanto remitan los efectos del brutal golpe.

Altar no pudo acabar la frase, porque la puerta se abrió y los secuestradores penetraron en la habitación.

* * *

—Vaya, parece que el mago se ha despertado, muchachos —dijo Drake.

—Es duro de pelar —rezongó Ellis.

—¿Quién dijo que no volvería a abrir los ojos? —preguntó King.

—Me equivoqué —mascultó Rush.

Drake se acercó a Altar y lo agarró del pelo.

—¿Por qué no nos haces una nueva demostración de tus poderes, viajero de las estrellas? —sugirió, en tono de burla.

—A su debido tiempo —respondió serenamente Altar.

—Necesitas tener las manos libres, ¿eh?

—Así es.

—¡Pues no las tendrás, farsante! —rugió Drake, y le soltó un par de bofetadas al extraterrestre.

A pesar de la dureza de los golpes, que le hicieron sangrar por la comisura de la boca, Altar no profirió el más leve quejido.

Britt Ramsey gritó:

—¡Déjalo, cobarde!

Drake se volvió hacia ella como picado por una serpiente.

—¡Estoy harto de tus insultos, rubia! Si vuelves a abrir la boca, te la parto de un revés.

—¿También pegas a las mujeres, valiente? —preguntó Altar.

Drake le dio un puñetazo en la cara, y otros dos en el pecho.

—¡Toma, para que aprendas a tener el pico cerrado, mago de pacotilla!

—¡Basta, canalla! —gritó Britt.

Drake dio un salto y se plantó frente a ella, agarrándola del pelo.

—¡Te lo advertí, muñeca!

—¡Se lo diré a Kevin!

—No creo que le importe ya nada de lo que te hagamos. ¡Cuando le digamos que sabes que él es el hombre que planeó tu secuestro, ordenará que te liquidemos!

—Puede que sí y puede que no. Por si acaso, te aconsejo que no me maltrates, porque puede costarte muy caro.

Drake vaciló, con la mano en alto.

—¡Suéltame el pelo! —gritó Britt.

El tipo obedeció, con brusquedad.

—Está bien, no te maltrataré. Pero estoy furioso, y mi furia tiene que caer sobre alguien.

Britt pensó que Drake iba a golpear de nuevo a Altar, pero se equivocó, porque el tipo se plantó delante de Carrol y la agarró salvajemente del cabello.

La doncella dio un chillido de terror.

—¡Contigo me voy a desahogar, preciosa!

—¡No, por favor!

—¡Suéltala, Drake! —ordenó Britt.

El tipo la miró un instante, con vengativa sonrisa.

—¿Que la suelte, dices? ¡Mira lo que hago con ella, rubia!

De un feroz zarpazo, Drake desgarró el gracioso uniforme de la doncella, dejándola con los pechos al aire.

Carrol volvió a chillar, presa del pánico.

—¡No!

—¡Miserable! —rugió Britt.

Drake soltó una risotada y aferró los magníficos senos de la doncella.

—¿No son hermosos, muchachos?

Ellis, King y Rush rieron.

—Ya lo creo, Drake —respondió el primero.

—Los tiene grandes —dijo el segundo.

—¿No te apetece besarlos, Drake? —sugirió el tercero.

—¡Y morderlos, también! —respondió Drake, arrodillándose, para disfrutar mejor de los tentadores pechos de la doncella.

Carrol, absolutamente indefensa, chillaba y se agitaba en la silla, suplicando que la dejasen en paz.

Britt también se agitaba en la suya, pero de furia.

—¡Apártate de ella, cerdo! —rugió—. ¡Eres un sucio reptil, Drake! Una rata asquerosa. ¡Puerco, más que puerco!

En esta ocasión, Drake no hizo ningún caso a los insultos de la hija del general Ramsey. Había hundido su poco agraciado rostro entre los túrgidos senos de Carrol, y ya los besaba y los mordía como un verdadero salvaje.

Altar había atirantado los músculos faciales.

No podía permitir que Drake siguiera abusando de la indefensa Carrol, y aunque sabía que no se hallaba totalmente recuperado del tremendo golpe que recibiera en el cráneo, decidió entrar en acción.

CAPÍTULO XI

Altar intentó concentrarse.

Sintió un dolor terrible en el cerebro, que estuvo a punto de hacerle desistir. Pero no fue así. Lo resistió y siguió forzando su mente, porque de ella nacían todos sus poderes.

Ellis, King y Rush, pendientes de lo que Drake le estaba haciendo a Carrol Danning, no advirtieron que Altar apretaba los ojos con fuerza, que su rostro se contraía, al tiempo que se perlaba de pequeñas gotas de sudor.

Eran los resultados de la titánica lucha que el extraterrestre sostenía con su cerebro, para obligarlo a desarrollar sus poderes, aunque se hallara afectado todavía por el fuerte golpe recibido en el cráneo.

El terrible esfuerzo de Altar se vio recompensado, consiguiendo que su masa cerebral venciera todas las dificultades y empezara a funcionar casi con absoluta normalidad.

La poderosa energía interior que poseía el alienígena convirtió los dedos de éste en pequeños sopletes, que se encargaron de fundir silenciosa y rápidamente las cuerdas que le sujetaban.

Ahora, perfectamente controlada ya su mente, Altar tenía los ojos abiertos y vigilaba a los secuestradores, pues dos de ellos empuñaban fusiles de rayos ultrasónicos.

Rush y King, concretamente.

Drake y Ellis habían dejado los suyos fuera de la habitación, y no portaban arma alguna.

Por ello, toda la atención de Altar se centraba en Rush y King.

Si advertían que se estaba soltando, le apuntarían velozmente con sus fusiles y le dispararían.

Por fortuna, no se dieron cuenta y Altar consiguió la total libertad de sus brazos.

Pero aún no podía levantarse de la silla.

Sus piernas estaban fuertemente atadas a las patas delanteras.

Altar no tuvo tiempo de fundir las cuerdas que sujetaban sus extremidades inferiores, porque King le vio con los brazos libres y chilló:

—¡Se ha soltado!

Drake retiró bruscamente su cara de entre los pechos desnudos de Carrol, y comprobó que era cierto que Altar se había soltado. Verle con las manos libres le aterró, pues pensó que iba a recurrir a alguno de sus trucos para desarmarlos, como hiciera en el jardín de la casa del general Ramsey.

Por eso, sin dudarlo un segundo, ordenó:

—¡Disparad! ¡Matadlo!

King y Rush accionaron sus fusiles.

El par de rayos ultrasónicos buscaron velozmente el cuerpo del extraterrestre.

Justo en ese momento, Altar estaba manipulando la extraña hebilla de su plateado cinturón.

Britt Ramsey dio un chillido, pensando que los rayos ultrasónicos iban a acabar con la vida de Altar.

No sucedió tal cosa, porque el extraterrestre desapareció en una fracción de segundo, así como la silla en la que estaba sentado, y los rayos ultrasónicos se estrellaron contra la pared.

* * *

Los secuestradores se habían quedado estupefactos.

También Britt Ramsey y Carrol Danning estaban boquiabiertas.

Ellis galleó:

—¡El mago se ha esfumado!

—¡Con silla y todo! —añadió King.

—¡No es un mago, es un brujo! —chilló Rush.

Drake soltó un rugido de cólera.

—¡Vamos por él! ¡No puede andar muy lejos!

Los secuestradores salieron disparados de la habitación.

Drake y Ellis empuñaron sus fusiles de rayos ultrasónicos.

—¡Vamos, afuera! —ladró el primero.

—¿Y si vuelve a por las chicas? —dijo el segundo.

Drake, tras unos segundos de vacilación, indicó:

—Vigílalas tú, Ellis. Y si aparece el tipo, liquídalo sin dudar.

—Descuida.

Ellis regresó a la habitación, mientras Drake, King y Rush salían de la casa como flechas, temiendo que Altar se llevara el helimóvil, pues era la única manera de abandonar la pequeña celda.

Escalar los gigantescos farallones era imposible, porque sus paredes parecían haber sido cortadas a pico. Sólo se podía salir de aquel recóndito lugar por el aire o por mar, pero esta última posibilidad había que descartarla, pues haría falta una embarcación, y los secuestradores no disponían de ninguna.

Drake exhaló un suspiro de alivio al ver que el helimóvil continuaba posado a pocos metros de la casa.

—Retira las llaves del motor, King. Así el tipo no podrá llevarlo.

—Buena idea —respondió King, y se introdujo velozmente en el aparato volador, en busca de las llaves.

Drake y Rush vigilaban, con los fusiles prestos, temiendo que Altar

surgiera de pronto y les sorprendiera.

Pero el extraterrestre no apareció.

* * *

Ellis se había situado en un ángulo de la habitación, pegado a la pared, para que Altar no pudiera sorprenderle por la espalda, caso de que apareciera repentinamente.

Se veía asustado, y Britt Ramsey decidió aumentar su miedo.

—Estáis perdidos, Ellis —dijo, sonriendo.

—¡Cállate! —ladró el tipo.

—Altar no es un mago. Tampoco un brujo. Es un extraterrestre de verdad.

—No es cierto.

—Tiene extraordinarios poderes, créeme.

—Mentira.

—Posee una poderosa energía interior, capaz de desintegrar cualquier cosa. Con ella fundió las pistolas, en el jardín de mi casa.

—No fue más que un truco.

—¿No os contó Kevin que las manos de Altar tienen electricidad?

—¡No!

—Pues la tienen, te lo aseguro. Kevin le estrechó la diestra, y recibió una dolorosa descarga. Fue como si tocara un cable de alta tensión, y todo su cuerpo tembló como si se hallara desnudo en pleno Polo Norte.

—Eso es un cuento.

—¿También es un cuento su repentina desaparición, con silla y todo?

Ellis no supo qué replicar, porque tampoco él se explicaba lo sucedido.

Britt siguió hablando:

—Altar acabará con todos vosotros, pandilla de cobardes. Desintegrará vuestros cuerpos, como desintegró las pistolas de rayos láser, y no quedará ni rastro de vosotros.

Ellis sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—¡Cállate, maldita sea! —rugió—. Sé que sólo tratas de asustarme.

—Ya lo estás, desgraciado —sonrió burlonamente Britt.

Ellis le apuntó con su fusil.

—¿Quieres que te mande al infierno, rubia?

Todavía flotaban en el aire las palabras del tipo, cuando la silla que ocupara Altar apareció en la habitación, aunque vacía.

CAPÍTULO XII

—¡Altar! —gritó Britt Ramsey, aunque tampoco ella veía al extraterrestre.

Ellis dejó escapar un gemido de terror y disparó contra la silla vacía.

—¡Muere, maldito!

—Estoy aquí, Ellis —habló Altar, apareciendo en la puerta de la habitación.

El tipo dio un fuerte respingo y desvió velozmente su fusil hacia allí.

—¡Brujo del demonio!

Se disponía a accionar de nuevo el gatillo, cuando el arma escapó de sus manos, como arrancada por una fuerza invisible, y fue a parar a las manos del hijo de las estrellas.

Altar apuntó a Ellis.

—Se acabaron tus días, cobarde.

—¡No! —chilló el tipo, que ya se veía cadáver.

De una manera instintiva, empujado por el pánico y la desesperación, Ellis se lanzó contra el extraterrestre.

Altar apretó el gatillo y el rayo ultrasónico alcanzó al individuo justo en medio de la frente, destrozándole el cerebro.

Ellis se desplomó, muerto.

Altar arrojó el fusil sobre el cadáver del tipo y se llevó la mano a la hebilla del cinturón.

—Volveré, Britt.

—¡Altar!

El alienígena accionó la extraña hebilla y se esfumó en el acto.

Britt Ramsey y Carrol Danning parpadearon cómicamente.

—¡No es posible! —exclamó la primera.

—¡Aparece y desaparece como el humo! —dijo la doncella.

—Carrol, ¿viste cómo le arrebató el fusil a Ellis?

—Sí.

—¡Así me arrancó a mí el sujetador del bikini!

—¡Es fantástico, señorita!

—Empiezo a creer que es cierto que tiene poderes sobrenaturales, Carrol.

—Seguro que los tiene, señorita.

—¿Será verdad que procede de las estrellas...?

—Yo ya no lo dudo, señorita.

—¿Y por qué se habrá esfumado de nuevo?

—Para dar buena cuenta de los otros, ¡seguro! —respondió la

doncella.

* * *

Drake, Rush y King seguían buscando a Altar. De pronto, escucharon un grito desgarrador.

—¡Es Ellis! —exclamó Drake.

—El tipo debe de haberle atacado —adivinó King.

—¡Corramos en su ayuda! —dijo Rush.

Entraron los tres en la casa e irrumpieron en la habitación donde permanecían encerradas Britt Ramsey y Carrol Danning, descubriendo a Ellis desmadejado en el suelo.

Drake le tocó el cuello.

—¡Está muerto!

—¡El tipo se lo ha cargado! —rugió King.

—¡Ahí está la silla, pero él ha desaparecido de nuevo! —aulló Rush.

—¡Bastardo! —relinchó Drake—. ¡Yo haré que aparezcas, hijo de cincuenta perras!

Britt Ramsey vio que Drake se plantaba frente a ella, con fiero gesto, y no pudo reprimir un grito de terror.

—¡Altar!

—¡Sí, llámalo, rubia, porque como no venga en tu ayuda, lo vas a pasar muy mal! —aseguró Drake, agarrándola del cabello y tirando con fuerza de él.

Britt aulló de dolor.

—¡Atentos, muchachos! —barbotó Drake—. El mago no tardará en aparecer.

Rush y King tenían los fusiles prestos.

Pero cuando Altar apareció no pudieron hacer uso de ellos, porque éste desintegró ambas armas enviando sendos rayos azulados, que brotaron de las puntas de sus dedos, como en el jardín de la casa del general Ramsey.

Drake soltó el pelo de Britt e intentó disparar sobre Altar con su fusil, pero un nuevo rayo azulado brotó de la mano derecha del extraterrestre y alcanzó el arma, fundiéndola instantáneamente.

Al verse desarmados, los secuestradores se llenaron de terror.

Altar tampoco esgrimía arma alguna, pero era evidente que él no las necesitaba. Le bastaba con la poderosa energía interior de su cuerpo, capaz de desintegrar los objetos más duros.

El extraterrestre clavó sus brillantes ojos en el jefe del comando.

—Querías que apareciera, ¿no, Drake?

Este no respondió.

Se había puesto pálido, y los temblores de su cuerpo eran

perceptibles. También King y Rush temblaban visiblemente.

—Bien, aquí me tenéis, cobardes —siguió hablando Altar—. Podría desintegraros, como desintegré vuestros fusiles, pero prefiero mataros a golpes. ¡Vamos, defendeos!

Drake, King y Rush no atacaron al alienígena.

Conocían su extraña forma de pelear, y el daño que hacían sus dedos cuando se incrustaban en la carne a modo de cuña, rígidos y duros como pequeñas barras de acero.

—¿Qué os pasa, tenéis miedo? —preguntó Altar—. Tú parecías muy valiente, Drake, cuando me teníais atado a la silla. Me golpeaste varias veces. ¿Por qué no intentas golpearme ahora? ¡Vamos, cobarde!

Los ojos de Drake se posaron un instante en el fusil de Ellis.

Estuvo tentado de arrojarse sobre el arma, pero no se atrevió.

Sabía que Altar no le permitiría empuñarla.

La desintegraría, como había desintegrado los otros tres fusiles.

Era necesario distraer la atención de Altar.

Con ese fin, Drake rugió:

—¡A él, muchachos! ¡Le demostraremos que nosotros también sabemos pelear!

King y Rush vacilaron, pero al ver que Drake se lanzaba sobre Altar, se hicieron el ánimo y le imitaron.

Drake simuló que tropezaba con el cadáver de Ellis y cayó al suelo, escupiendo una maldición. Por el momento, no hizo ademán de alcanzar el fusil de Ellis. Tenía que esperar a que Altar se distrajera peleando con King y Rush.

Estos parecieron adivinar el plan de su compañero, y atacaron rabiosamente a Altar.

El extraterrestre burló sus acometidas, con la habilidad que le caracterizaba, y los golpeó con las puntas de sus dedos.

Lo hizo en puntos vitales, porque ya había advertido que se trataba de una lucha a muerte.

King resultó alcanzado en la sien, tan duramente, que los dedos de acero de Altar le causaron un derrame cerebral.

Rush se vio cazado en la nuca, y sus vértebras cervicales quedaron pulverizadas por los poderosos dedos del extraterrestre.

Los dos se desplomaron, para no levantarse ya nunca más.

Drake había alcanzado el fusil de Ellis.

Britt Ramsey se dio cuenta y chilló:

—¡Cuidado, Altar!

El hijo de las estrellas apuntó velozmente al jefe del comando con su mano derecha y le envió un rayo azulado.

Drake, que no había tenido tiempo de apretar el gatillo, se desintegró totalmente en sólo unos segundos, no quedando de él ni siquiera un leve rastro de ceniza.

CAPÍTULO XIII

La total desintegración del cuerpo de Drake acabó con las pocas dudas que le quedaban a Britt Ramsey.

—¡Es un extraterrestre de verdad, Carrol! —gritó.

—¿No se lo decía yo, señorita? —repuso la doncella, todavía con los pechos al descubierto.

Altar las miró a las dos y sonrió.

—Por fin os he convencido, ¿eh?

—Dios mío, Carrol —gimió Britt—. ¡Estamos ante un poderoso ser de otro mundo!

—¡Y tan poderoso!

—¿Y no te asusta?

—Ya no, señorita. Altar es nuestro amigo. ¡Nos ha salvado!

El extraterrestre sonrió de nuevo y dijo:

—Será mejor que os desate.

Les quitó las cuerdas a las dos.

Lo primero que hizo Carrol Danning fue cerrarse como pudo el desgarrado uniforme, para ocultar su busto. Pero no se levantó de la silla.

Tampoco Britt Ramsey se levantó de la suya.

Altar se llevó las manos a las caderas, con gesto socarrón.

—¿Pensáis quedaros ahí, guapas?

Britt y Carrol se pusieron lentamente en pie.

Altar las cogió del brazo a las dos y las sacó de la habitación, diciendo:

—No es agradable contemplar tres cadáveres.

—Desde luego que no —murmuró Carrol.

—Falta ajustarle las cuentas a Kevin Douglas —recordó Britt.

—No me he olvidado de él, no te preocupes —respondió Altar—. Lo esperaremos aquí, y cuando venga, le daremos una buena sorpresa.

—No vendrá hasta la noche, seguramente.

—No tenemos ninguna prisa.

—Me gustaría avisar a mi padre, Altar.

—Lo comprendo, pero no debes hacerlo hasta que hayamos atrapado a Kevin Douglas.

—Ya debe de estar enterado de mi secuestro, y estará sufriendo mucho.

—Sólo serán unas horas, Britt. Después, podrás darle la alegría de tu liberación, sana y salva.

—Gracias a ti, Altar.

—Sí.

—A un ser de otro mundo.
—¿Te sigue asustando que no sea un habitante de la Tierra?
—Creo que sí.
—Físicamente, soy igual que cualquier varón terrestre.
—No, mucho más guapo que la mayoría —intervino Carrol.
Britt le dirigió una severa mirada a su doncella.
—Carrol…
La doncella tosió.
—Lo siento, señorita. Lo que quería decir es que…
—¿Por qué no preparas algo de comer? —sugirió Britt, interrumpiéndola.
—¿La señorita tiene apetito…?
—Sí. Y apuesto a que Altar también.
—Así es —asintió el extraterrestre, sonriendo.
—Muy bien, veré lo que encuentro —suspiró Carrol, y se introdujo en la cocina.
Altar y Britt salieron de la casa.
No habían dado más que dos pasos, cuando Altar rodeó con sus brazos a la hija del general Ramsey, la estrechó contra sí y la besó en los labios con pasión.
Tras el beso, en el que Britt colaboró activamente, se miraron a los ojos como dos enamorados.
—Altar… —pronunció quedamente ella.
—¿Qué?
—¿De dónde procedes, exactamente?
—De una lejana galaxia.
—¿Por qué viniste a la Tierra?
—Sabía que era un mundo habitado por seres como yo, y sentía deseos de visitarlo, de convivir con sus gentes. Antes de presentarme ante un habitante de la Tierra, estudié a varios de ellos desde mi nave. Y te elegí a ti.
—¿Por qué precisamente a mí?
—Me gustó mucho tu cara, tu cuerpo, tu forma de nadar, de andar, de sonreír…
—Vamos, que te gustó todo.
—Así es.
—Y decidiste conocerme personalmente.
—Exacto.
—Bendita decisión, teniendo en cuenta que mi secuestro ya había sido planeado por Kevin Douglas.
—Sí, fue una afortunada casualidad.
—¿Cuánto tiempo piensas permanecer en la Tierra, Altar?
—Bastante.
—¿Y después…?

—Regresaré a mi mundo, supongo.
—¿Solo?
Altar creyó captar la intención de la pregunta de la muchacha.
—¿Te gustaría acompañarme, Britt?
—Creo que sí.
—Entonces, te llevaré conmigo.
—Falta que mi padre me autorice.
—Yo le convenceré, no te preocupes.
—Ojalá —deseó Britt, y le ofreció los labios.
Altar la besó con vehemencia.
Todavía estaban así, abrazados y con las bocas unidas, cuando Carrol se asomó y dijo:
—¡La sopa está lista!
Altar y Britt interrumpieron el largo beso y rompieron a reír, siendo imitados por la simpática doncella.

* * *

Había oscurecido ya, cuando un helimóvil descendió sobre la pequeña cala y se posó junto al de los secuestradores.
Lo pilotaba Kevin Douglas.
Paró el motor, saltó al suelo y se introdujo rápidamente en la casa.
—¡Eh, muchachos! —exclamó, al no ver a ninguno de sus hombres.
Ya le había extrañado que no hubiera salido nadie a recibirle, pero pensó que Drake y los otros se encontraban en la habitación donde tenían encerrados a los secuestrados.
De pronto, Altar, Britt y Carrol surgieron de otra habitación.
Kevin Douglas respingó al verlos aparecer a los tres.
—¡No es posible! —exclamó.
—¿El qué no es posible, Kevin? —preguntó Britt—. ¿Que estemos libres?
—Altar nos salvó —dijo Carrol—. Es un extraterrestre de verdad, y dio buena cuenta de los tipos con sus extraordinarios poderes.
—Los mató a los cuatro, Kevin —añadió Britt—. A Drake lo desintegró totalmente. No queda ni rastro de él.
Kevin Douglas sintió que se le erizaba la piel.
Fue a decir algo, pero no le salió la voz.
Miraba fijamente a Altar.
Aterrorizado.
Altar lo miraba a su vez, duramente, sin pestañear.
Britt Ramsey preguntó:
—¿Por qué planeaste mi secuestro, Kevin? ¿Qué esperabas conseguir?
Douglas hizo un esfuerzo y logró balbucear:

—Secretos militares…

—Querías chantajear a mi padre, ¿no es así?

Douglas asintió con la cabeza.

—Tu padre es un alto jefe, Britt. A cambio de tu vida, me hubiera facilitado abundante información.

—¿Y qué pensabas hacer con toda esa información?

—Venderla.

—¿A quién?

—Hay mucha gente interesada, te lo aseguro.

Britt Ramsey apretó los dientes.

—Te desprecio, Kevin. No sé cómo pude tomarte por una buena persona y ofrecerte mi amistad. Eres una cucaracha.

—Un traidor, eso es lo que es —intervino Altar—. No le importa que se rompa la paz que actualmente reina en la Tierra, con tal de hacerse rico.

Kevin lo miró de nuevo, tan asustado como antes.

—¿Qué piensas hacer conmigo, Altar?

—Matarte.

—Prefiero que me entregues a las autoridades militares.

—No, voy a acabar contigo, porque eres el responsable de la muerte del sargento y los cuatro soldados que debían proteger a Britt.

—¡Yo no ordené que los mataran! ¡Fue idea de Drake!

—Mientes.

—¡Es la verdad, lo juro!

—Defiéndete, gusano.

Kevin Douglas se dejó caer al suelo, sollozando como una mujer.

—¡No, por favor! ¡No me mates, Altar! ¡No quiero morir…!

Britt Ramsey advirtió que, con disimulo, Kevin empuñaba una pistola de rayos láser.

—¡Es una trampa, Altar! —chilló.

El aviso era innecesario, porque el extraterrestre también había advertido la traidora maniobra de Kevin.

Altar extendió velozmente su brazo y le envió un rayo de energía desintegradora.

El cuerpo de Kevin Douglas empezó a fundirse.

Tan sólo unos segundos después, no quedaba ni rastro de su persona.

EPÍLOGO

George Ramsey se sentía el hombre más feliz del mundo, tras haber escuchado el relato de su hija, a la que abrazó y besó por enésima vez.

—¡Qué dichoso me siento, Britt!

—Yo también, papá.

—Y todo se lo debemos a Altar.

—Así es.

El extraterrestre sonrió.

—Me alegra haber frustrado los sucios planes de Kevin Douglas, general Ramsey.

—Siempre estaré en deuda contigo, Altar.

—Y yo —dijo Britt.

—Lo mismo digo —habló Carrol Danning, que también se hallaba presente.

—Nadie me debe nada —dijo Altar—. Para mí fue un placer el ajustarles las cuentas a Kevin Douglas y sus hombres.

—¿Cuándo me harás una demostración de tus fantásticos poderes, muchacho? —preguntó George.

—Cuando quiera, general Ramsey.

—¿Podría ser ahora?

—¡Ni hablar! —exclamó Britt, levantándose del sofá—. Altar debe sentirse muy fatigado, papá, así que déjalo descansar. Ya te hará la demostración mañana.

George Ramsey se irguió también.

—Tienes razón, hija. Altar ha tenido una jornada muy dura. Acompáñalo a su habitación, y que descanse cuanto quiera. Mañana seguiremos hablando de todo, con más calma.

—Vamos, Altar —rogó Britt, cogiéndolo del brazo y tirando de él.

Salieron del salón y subieron a la habitación que iba a ocupar el extraterrestre.

Una vez en ella, Britt echó el cerrojo y se despojó de la bata de baño, con pícaro gesto.

—¿Qué haces? —preguntó Altar.

—Dije que yo elegiría el momento y el lugar, ¿recuerdas?

—¿Para qué?

—Para hacer el amor, naturalmente.

—Qué gran idea —sonrió Altar, y la abrazó.

Mientras se besaban, le soltó el sujetador del bikini y empezó a acariciarle los pechos.

Britt separó su boca de la de él y dijo:

—Quiero hacerte una pregunta, Altar.

—Házmela.

—Si yo tuviera un hijo tuyo, ¿cómo sería?

—Un bebé normal y corriente.

—¿Con poderes sobrenaturales o sin ellos?

—Tendría los mismos poderes que yo, pero no podría hacer uso de ellos hasta alcanzar la edad adulta.

—Qué bien.

—¿Te gustaría tener un hijo mío, Britt?

—Me encantaría.

—Eso está hecho, pues.

—No, todavía hay que hacerlo —repuso Britt, maliciosa.

Altar rio y la tomó en brazos, llevándola hacia la cama.

—Vamos allá, preciosa.

—Un momento, Altar.

El extraterrestre se detuvo.

—¿Has cambiado de idea, Britt?

—Por supuesto que no. Sigo queriendo tener un hijo tuyo, pero me gustaría que ese hijo tuviera...

—¿Un padre?

—Sí.

—Yo seré su padre.

—Creo que no me entiendes, Altar. Lo que quiero decir es...

—Te he entendido perfectamente, Britt. Quieres que nos casemos, que vivamos siempre juntos, ya sea en la Tierra o en la lejana galaxia a la que yo pertenezco. ¿No es así?

Britt se mordió el labio inferior.

—Sí, Altar.

—Pues así será, preciosa.

El rostro de Britt Ramsey resplandeció.

—¿De veras, Altar?

—Sí, nos casaremos, formaremos un hogar, y tendremos hijos. Como cualquier familia terrestre.

—¡Oh, será maravilloso, Altar!

—Tú sí que eres maravillosa —repuso el extraterrestre, depositando a Britt sobre la cama.

Ella le cercó el cuello con sus brazos, amorosamente.

—Voy a hacerte muy feliz, Altar, te lo prometo.

—Estoy seguro de ello, preciosa —sonrió el hijo de las estrellas, y besó apasionadamente los jugosos labios de Britt Ramsey, la mujer terrestre que había elegido por compañera.

FIN

[image]